

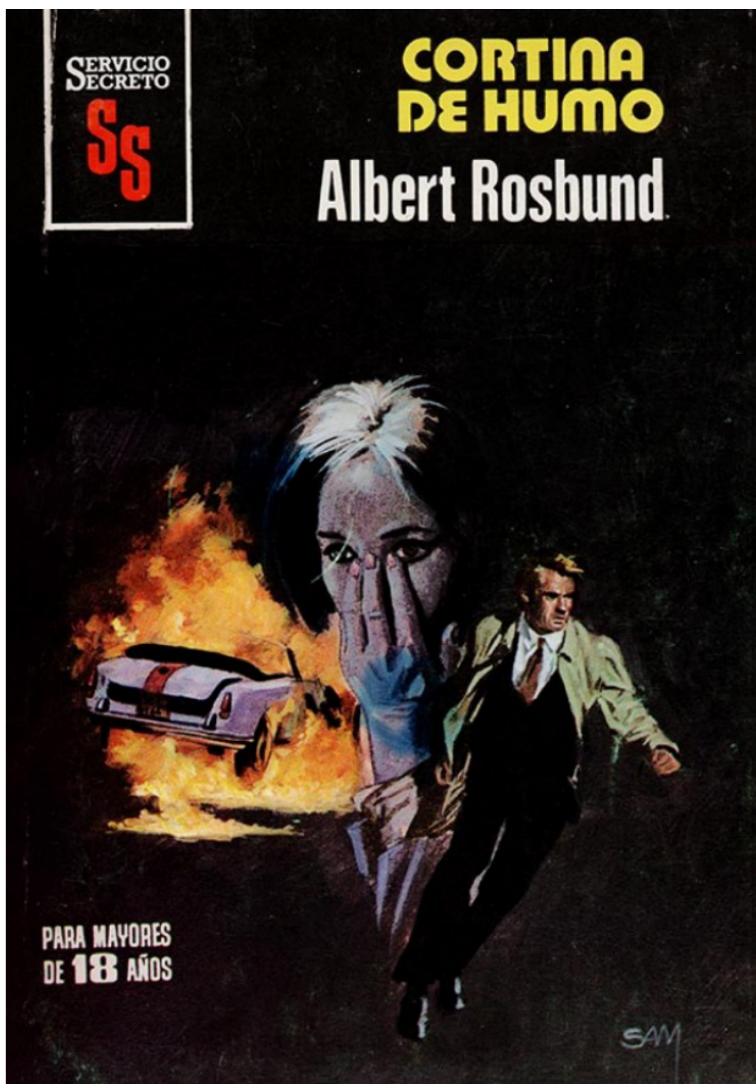
SERVICIO
SECRETO

SS

CORTINA DE HUMO

Albert Rosbund

PARA MAYORES
DE 18 AÑOS



SERVICIO
SECRETO

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

463 — Nube de pólvora.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

397 — La marca del cáñamo.

En Colección PUNTO ROJO:

926 — El primer fracaso.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.534 — Estás solo cuando estás muerto.

ALBERT ROSBUND

CORTINA DE HUMO

Colección
SERVICIO SECRETO n.º 1.537
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA ■ BOGOTÁ ■ BUENOS AIRES - CARACAS ■ MEXICO

ISBN 84-02-02513-7
Depósito legal: B. 37.503 - 1979

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: enero. 1980

© Albert Rosbund - 1980
texto

© Jorge Sempere - 1980
cubierta

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona • 1980

CAPITULO PRIMERO

Llegué a la tierra del presidente Carter cuando éste era noticia de primera plana junto a Anastasio Somoza. Había tenido tiempo durante el trayecto en tren para leer los periódicos e informarme de cómo estaban las cosas en el mundo —aunque algunas noticias me habían llegado ya durante mi clausura— y sacar mis propias conclusiones. Jimmy Carter, después de su alocución pública al país, había recibido sobre su mesa la dimisión del gobierno en pleno, hecho histórico en Estados Unidos. Por su parte, Tachito había abandonado su poder de sangre y corrupción para instalarse en Sunset Island, Miami Beach, con el beneplácito de nuestros máximos dirigentes, en agradecimiento por haberles librado de uno de esos pesados periodistas que tanto incordian. Los compañeros de Bill Stewart, por supuesto y sin rubor, habían acudido al aeropuerto de Homestead y luego a la rueda de prensa en su residencia para hacerle los honores. Allá, en Nicaragua, a dictador muerto, dictador puesto; todo seguía espantosamente igual ⁽¹⁾. En Irán, por poner otro ejemplo, había sucedido ídem. Y nuestro cacahuetero quejándose públicamente de la crisis moral y espiritual del pueblo, de la falta de fe. ¿Cómo no, hermano, después de guerras inútiles, Watergate, canalladas made in CIA, chanchullos políticos, altos mandatarios que mueren cuando están en lo más gozoso con la secretaria de turno....?

Basura.

Todo basura.

Como uno mismo.

Pero lo mío era reconocido. Doce personas llamadas justas y otra vestida de payaso legal y con un mazo en la mano, así lo habían declarado en nombre de la justa sociedad que representaban, enviándome a una prisión federal por unos cuantos años de mi vida.

Cinco, gracias al buen comportamiento.

Una minucia.

No es que quiera excusarme, admito lo que soy, pero la verdad es que esa llamada sociedad justa, me dio pocas oportunidades una vez fui licenciado del Vietnam, tras haberle servido a sus pocas

claros fines, que no los míos. Igual le sucedió a Elmer Foster, un compañero. El y yo decidimos seguir viviendo con la emoción del peligro, sin mucha o ninguna moral, la que nos habían dado durante aquellos años... que luego resultó no servía para vivir en el país.

Por aquellas fechas conocimos a una preciosidad llamada Elizabeth Asher, con veinte años y un pasado distinto al nuestro, pero que le había llevado a desarrollar una misma moral. Se unió a nosotros, y durante una larga temporada formamos un trío perfecto que aterrorizó los barrios residenciales y las esferas de la alta sociedad de estados como Alabama, Georgia, Tennessee... Finalmente, durante el robo de unas joyas de una marquesa que celebraba citas secretas con un amante juvenil y casado, fuimos sorprendidos. El amante no pudo satisfacerla porque tuvo que cumplir con su deber de esposo aquella noche, y la marquesa regresó antes de la hora, muy histérica, y la emprendió a gritos con los tres pobres diablos que la querían aligerar de tanto materialismo. ¡Una lástima! No pudimos cometer el robo, y yo tuve la desgracia de ser atrapado. Elmer y Liz escaparon, y desde luego yo en ningún momento les denuncié por más que me forzaron, primero físicamente, allá en el sucio precinto, luego prometiéndome una menor condena, allá en el refrigerado despacho del fiscal del distrito. No consiguieron nada y yo me gané unos cuantos años de cárcel por mal chico. Robar es una cosa fea.

Durante mi tiempo de encierro no tuve noticias de Elmer y Liz, ni me escribieron ni fueron a verme. Lo encontré natural, pues debían tener temor de descubrirse.

Ahora, ya en libertad, después de haberme dado una vuelta por la ciudad y comprobar que nadie me seguía, que nadie se preocupaba de mí, había tomado el tren para Atlanta. Era lógico que los policías ya se hubieran olvidado de nuestro asunto. Al fin y al cabo recuperaron las joyas de la marquesa, y ahora tendrían otras cosas o asuntos más importantes.

Atlanta, la capital del estado de Georgia, es una ciudad que debe estar rondando el medio millón de habitantes. Un discreto lugar que nos servía de base de operaciones. Yo esperaba encontrarles allí, o al menos tener alguna noticia suya, pues ya sólo me quedaban en el bolsillo cincuenta dólares.

Ocupábamos una casita más arriba de Bolton Park, en una zona alejada del casco urbano. Hasta allí llegué en autobús. El río

Chattahoochee discurría no muy lejos formando un curioso codo.

Mi sorpresa fue relativa cuando una señora robusta, con rizadores en el cabello, me abrió la puerta.

—No conozco a nadie llamado Elmer Foster ni Elizabeth Asher —me respondió después de que la interrogara—. Yo vivo aquí desde hace un año.

Le di las gracias y fui en busca del administrador de aquella urbanización, a quien recordaba vagamente, de haberle pagado en alguna ocasión el alquiler. Era un hombre menudo, de cabellos castaños y ojos algo saltones. Al principio se mostró un poco despistado, luego, tras consultar sus archivos, cayó en la cuenta.

—Ah, sí. La señorita Asher. Una verdadera belleza.

No era de extrañar que se acordara de Liz, ya que ella llamaba poderosamente la atención.

—Lo dejó hará cosa de... —consultó la ficha—, cuatro años. Eso es. Cuatro años y dos meses. Sí, señor. La recuerdo perfectamente. Vivía con dos hombres, pero luego al parecer éstos la abandonaron.

—¿Vivía sola? ¿No había otro hombre con ella? —pregunté sorprendido.

—No, no. Últimamente vivía sola. Durante ese tiempo lo pasó bastante mal.

—Vaya... —murmuré, extrañado. ¿Pasarlo mal? ¿Y el botín de los anteriores golpes?—. ¿Recuerda por casualidad a dónde fue?

—Sí, señor. En una ocasión fui a verla —brillaron sus ojos saltones de una forma que no me gustó.

—¿A qué se refiere?

—Consiguió un contrato para un *night-club* de Tallahassee, en Florida, como chica de alterne.

—¿Cuál?

—The Blue Bird.

—Gracias.

Una hora después abandonaba Atlanta, pero en esta ocasión haciendo auto-stop. No podía desperdiciar los cincuenta dólares que me restaban si quería comer mientras encontraba a mis amigos. Esperaba que ellos me ayudarían. Pero lo que no acababa de comprender era esa Supuesta separación entre Elmer y Liz.

La noche la pasé en la carretera, en un camión que transportaba frutas para Albany. Fue un viaje bastante monótono y silencioso porque el camionero era hombre cuidadoso e iba muy pendiente de la carretera. En la capital del Condado de Dougherty, a orillas del

río Flint, tomé un perrito caliente como desayuno, y luego me dirigí hacia la salida sur de la ciudad. Al cabo de una hora de mover el pulgar, un coche deportivo se detuvo junto a mí.

—¿Hacia dónde vas, amigo? —me preguntó con una voz suave, melodiosa.

El tipo era joven y bien parecido, vestido con un pantalón blanco de hilo, una camisa malva y un pañuelo al cuello. Al hacerme la pregunta se echó las gafas de sol un poco hacia delante, mirándome por encima de ellas con una sonrisa que no me gustó nada.

—A Macon —respondí.

—Entonces estás en mal sitio. Eso está al norte. Ponte al otro lado de la carretera o ve al otro lado de la ciudad...

—Gracias.

El tipo hizo un gesto de pesar, embragó y se marchó con viento fresco. Ya había tenido bastante experiencia con ejemplares así durante mi estancia en la cárcel.

No me moví del sitio. Finalmente se paró un coche ranchero en cuyo interior se encontraban dos hombres con aspecto campesino.

En efecto, eran agricultores que se dirigían a Cairo, la capital del condado de Grady, cincuenta millas al sur, ya más próximo a mi destino. Acepté ir con ellos y durante el camino me comentaron los problemas que atravesaban últimamente en sus labores del campo. Me invitaron a fumar y a probar un whisky especial que hacían ellos y que era capaz de tumbar al más pintado como se tomaran más de tres tragos. El viaje se me hizo corto.

En Cairo almorcé, tomando unas hamburguesas con cerveza en un snack-bar. Allí mismo encontré un cliente habitual que precisamente esa misma tarde tenía que trasladarse a Tallahassee para visitar a un familiar enfermo. No me importó tener que esperar un par de horas que consumí dando una vuelta por los alrededores. Puntualmente, el tal Edward Cox me recogió en la puerta del snack-bar con su flamante «Ford Mustang» y media hora más tarde, tras haber recorrido la distancia en una exhalación, entrábamos en la capital del estado de Florida.

Edward Cox se comportó muy amablemente, dejándome ante las puertas del *night-club*. A aquellas horas comenzaba a abrir. No había clientela. Los empleados preparaban el lugar, yendo de un lado a otro, cuidando todos los detalles. Algunas chicas pululaban por el local sin saber muy bien lo que hacían, fumando y de vez en cuando

chillando.

Me acerqué precisamente a una de ellas, una rubia oxigenada que fumaba muy sofisticadamente en una boquilla de plata. Tenía ojos verdes y una mirada descarada.

—¿Qué hay, tú?

—Busco a Elizabeth Asher.

—Oh —se desencantó.

—No la veo por aquí...

—Se fue.

—¿Cómo? ¿Ya no trabaja aquí?

—No. Se fue —insistió.

—¿Cuándo?

—Hará unos meses. Ella estaba deseando dejar este empleo. Llevaba aquí unos años. Y decía constantemente que podía aspirar a otras cosas.

—¿Sabes adonde fue?

Primero me soltó una bocanada de humo en pleno rostro, luego me respondió:

—Se presentó a un concurso, y lo ganó. Entonces se despidió.

—Ya. ¿Pero no sabes adonde fue?

—Pregúntale al jefe.

El jefe se encontraba allí, discutiendo con el mánager de una chica que debía actuar horas más tarde como cantante. Tuve que esperar a que llegaran a un acuerdo.

—¿Sí?

Le dije quién era y a lo que iba. Se trataba de un tipo elegante y bajito, de aspecto ratonil, que no cesaba de estirarse los puños de la camisa.

—Oh, sí —la recordó al momento—. La dulce Liz. Ganó el concurso «miss Durham». Una chica realmente con fotogenia y sexy. Nosotros la animamos, todos sus compañeros. Yo tenía mucha confianza en ella ya que fui quien la descubrió en Atlanta haciendo la calle más o menos.

—Ya. ¿Y dónde fue?

—El concurso lo patrocinaba la Durham Cosmetic Company. ¿No ha oído hablar de ella?

—No.

—Pues es la compañía más importante de cosméticos de todo Florida.

—He estado ausente una temporada.

—¡Hum!

—Dígame si sabe a dónde fue. Soy amigo suyo y tengo que localizarla.

—Al parecer el señor Durham se encaprichó de ella... bueno, como de todas las que salen elegidas en esos concursos que monta para promocionar sus productos de belleza. John Durham es un hombre con muy buen gusto. Le encanta... le encanta coleccionar bellezas. Es soltero, tiene dinero y posición. las chicas acuden a él como moscas a la miel.

—Lo imagino. ¿Dónde puedo encontrar al señor Durham?

—Supongo que en su finca de Palm Beach. Es allí donde reside habitualmente.

Total, que tenía que hacerme todavía más de doscientas millas si quería encontrar a Liz. Cuando salí a la calle, respiré hondo y me hice el ánimo.

Consideré que sería más fácil encontrar a alguien que se dirigiera a Jacksonville, y desde allí, bordeando el mar, también sería , mucho más fácil hallar a alguna persona que se encaminara hacia Miami.

Tuve suerte. Un camión que transportaba cerdos me llevó hasta Jacksonville, adonde llegamos ya entrada la noche. Allí encontré rápidamente un hombre de mediana edad, con pinta de nuevo rico que acababa de tomar unos días de vacaciones y pensaba disfrutarlos en Miami. Era un tipo simpático, bastante charlatán, pero yo apenas le atendí durante el trayecto porque el sueño me podía más y me pasé la mayor parte del tiempo durmiendo.

Alcanzamos Palm Beach al amanecer. Le di las gracias y le deseé que se lo pasara estupendamente en Miami. Se marchó a todo gas soñando con rubias curvilíneas y tostadas por el sol. Yo me dirigí en primer lugar a un bar y desayuné un café bien negro.

—¿Conoce a John Durham, de la Durham Cosmetic Company?
—le pregunté al *barman*.

—Por supuesto, señor. Tiene una de las mejores fincas de Palm Beach.

Llegué allí cuando el sol comenzaba a picar y las gentes se dirigían hacia las playas, la finca de John Durham ocupaba una vasta extensión de terreno al norte del casco urbano, en la salida hacia Riviera Beach, había una garita rellena por un tipo robusto uniformado de gris.

—No tengo cita previa —le dije cuando me preguntó—, pero no

voy a molestar mucho al señor Durham. Sólo cosa de cinco minutos. Quiero saber de una amiga mía que al parecer trabaja para él.

Las palabras no sirvieron para nada. Accedió a darme el pase cuando deposité en su mano un billete de diez dólares, y ya era apenas nada lo que me quedaba en el bolsillo. Me fui caminando pacientemente por un sendero asfaltado bordeado de árboles.

Lo primero que vi fue la piscina. Luego las chicas. Por último la casa.

La piscina debían tener las medidas olímpicas, a mí me pareció majestuosa, con unas aguas limpias, claras. Las chicas también eran olímpicas, una rubia y otra morena, con unas medidas anatómicas capaces de marear al más pintado, apenas cubiertas por unos sucintos bikinis. Se hallaban tumbadas indolentemente sobre el verde césped que rodeaba la piscina, tomando el sol. Más allá estaba la casa, de estilo colonial, blanca y solemne a la vez.

—¿Señor Connors? —brotó una voz varonil de la sombrilla ante la que me encontraba. Fue entonces cuando caí en la cuenta de que alguien se hallaba tras ella y que gracias a la proyección de mi sombra había tenido constancia de mi presencia.

Bueno, también con la ayuda del teléfono que descansaba sobre la mesita y que descubrí al rodear la sombrilla para encarar al hombre que se encontraba sentado en una hamaca, sorbiendo un combinado y sin despegar sus ojos de las mujeres, las cuales en aquellos momentos se desperezaban como lagartos y se dedicaban a observarme.

—Burt me avisó de su llegada —dijo el hombre. Era un tipo de cuarenta y cinco años y buena presencia física, con una frente despejada, y unos ojos vivaces, un fino bigotito sobre el labio superior y un mentón firme.

—Supongo que usted es John Durham.

—En efecto. ¿Qué ocurre con Liz?

—Ya se lo dijo su empleado, imagino, la busco. Soy un amigo suyo. Me dijeron en Tallahassee que ganó un concurso patrocinado por su firma de cosméticos y que se vino con usted.

—Sí, sí.

—Me gustaría verla. ¿Sabe dónde puedo encontrarla?

John Durham bebió un largo trago de su combinado color ámbar.

—Hace un mes me abandonó.

No pude evitar una maldición.

—¿Sabe por qué?

—Se cansó. Dijo que se marchaba y aquí la gente es libre de irse. Conmigo, desde luego, hubiera tenido un buen futuro por delante como modelo publicitaria, pero... —se encogió de hombros.

—¿Sabe qué pensaba hacer?

—Sólo me dijo adiós y sanseacabó.

Apreté los labios, furioso. Todo se complicaba. Elmer desapareció y Liz escurridiza como una anguila.

Alguien llegó entonces hasta nosotros- un hombre vestido de mayordomo.

—Señor, tiene una llamada por su línea privada.

—Oh, gracias, Links —se puso en pie, dejando ti vaso sobre la mesa—. Ya voy.

El mayordomo hizo una reverencia y se retiró. John Durham me alargó su diestra.

—Siento no poderle ayudar en más, señor Connors. ¿Conoce ya el camino, verdad?

Una despedida en toda regla. Acepté su mano y asentí con la cabeza. El propietario de la finca se alejó con paso rápido hacia la casa.

Cuando hubo desaparecido de mi vista, dirigí mis ojos hacia las dos beldades. Ambas continuaban observándome como dos gatas en celo.

Avancé hacia ellas porque no tenía nada que perder. Las chicas se removieron voluptuosamente.

—Hola, muñecas.

—¿Eres un nuevo empleado del señor Durham? —me preguntó la rubia, levantándose y dando una vuelta alrededor de mí.

—No. Estoy de visita.

—¿Por mucho tiempo? —preguntó la morena desde el césped—. Podríamos hacer migas...

—No creo que al señor Durham le gustara. Y no, no por mucho tiempo. En realidad, ya me marchaba.

—¡Oh, qué lástima! —exclamó la rubia, casi pegándose a mí—. Tienes unas facciones muy viriles, ¿nunca te lo habían dicho? —me miró con la boca entreabierta y asomando su lengua.

Sólo me faltaba eso, tras la larga abstinencia. La tomé rápidamente por la cintura, la estreché contra mi y la besé violenta, rabiosamente, hasta que me quedé sin aliento. Para ese entonces ella ya se estaba ahogando. Me miró un tanto mareada, con una

gotita de sangre en el labio inferior.

—¿Conocéis a Elizabeth Asher? —pregunté, sintiendo que la sangre me ardía en las venas.

La rubia se limpió el labio, dio media vuelta y se lanzó de cabeza a la piscina.

—Yo sí —dijo la morena, con los ojos brillantes. Se puso en pie y me tomó de una mano, como si fuera un colegial—. Te acompaño hacia la salida, tengo ganas de caminar.

Me dejé llevar, escuchando sus palabras:

—Liz estuvo aquí una temporada haciendo pareja conmigo. Vilma es precisamente su sustituto. Liz se fue de aquí porque no le acababa de convencer la situación en que se encontraba, sólo para goce del señor Durham, pero si se quiere ir para arriba... En fin, ella dijo que había encontrado un empleo muy sustancioso en The Paradise.

—¿Qué es eso?

—Un *night-club* de Miami.

—Ajá.

Me detuve extrañado, pensando cómo era posible que hubiera vuelto a un club nocturno.

No pude seguir reflexionando por más tiempo, de pronto, sentí aquel cuerpo moreno pegado al mío y una voz aterciopelada que susurraba:

—Muérdeme...

Nos encontrábamos en un lugar apartado, entre árboles, lejos de miradas indiscretas. Al observar los ojos de la mujer supe lo que ansiaba de mí, y no podía adivinar entonces que yo le podía dar eso y mucho más. La mordí en los labios y en los pechos, uniéndose sus gemidos al canto de los pájaros. Su bikini voló hacia unos matorrales y la penetré con un vigor salvaje, tal que al final quedó como una muñeca rota. Todo sucedió en escasos quince minutos, y nunca antes lo había hecho con esa violencia. Me sentí sobre ella como un animal desesperado, luchando por desprenderme de todo un mundo que aborrecía.

Se quedó allí, con una mano sobre su sexo todavía caliente y la cabeza ladeada sobre el otro brazo, mordiéndoselo, no sé si de dolor o placer.

Salí de la finca tras saludar al uniformado de la garita y me encaminé hacia la salida de la población que llevaba a Miami.

Llegué allí al anochecer, gracias a la bondad de un matrimonio

con un hijo de cinco años y un «Cadillac» rutilante. No me supo mal durante el trayecto ganarle al niño ocho dólares a los chinos. Para ellos no tenía ninguna importancia, en cambio para mí mucha. Estaba al borde de la quiebra, sobre todo si en Miami no encontraba a Liz. Entonces sería cuestión de ir pensando en ponerme a trabajar por mi cuenta. Pero me sentía un poco inseguro, tras cinco años de inactividad. Ahora era cuando más falta me hacían Elmer y Liz

The Paradise era un local de lujo, con sala de juego incluida. Se anunciaban en los rótulos de entrada formidables atracciones y la clientela parecía selecta, al menos vestía con elegancia y se comportaba como mandan los cánones de la buena sociedad. Una orquesta amenizaba los espacios muertos, entre actuación y actuación.

El bar estaba abarrotado, pero en seguida distinguí a Liz. Era inconfundible, con su larga melena rubia cayéndole sobre los hombros y su figura alta y espléndida, rebosante de curvas. No me extrañó nada que hubiera ganado aquel concurso. Seguía manteniéndose en perfecta forma. Incluso la encontré más hermosa.

Ella me vio cuando caminaba hacia donde se encontraba y no pareció sorprenderse mucho. Se quedó quieta, parpadeó una vez y musitó:

—Matt...

—Hola, cariño.

—Matt, ¿de dónde sales?

—¿De dónde voy a salir?

Ella se mordió los labios.

—¿Podemos hablar? —pregunté.

—Estoy trabajando...

—Bueno, aún me quedan unos dólares. Te invito.

—Está bien. Ve a aquella mesa. Llevaré dos whiskys.

—Okey.

Fui y ella vino al momento. Yo bebí rápidamente mientras ella me miraba con detenimiento.

—¿Estoy muy viejo? —pregunté sonriendo por encima del borde del vaso.

—No. Sigues igual.

—Tú más atractiva.

—Gracias.

—¿Por qué me miras así?

—Parece imposible... ¿Cómo has dado conmigo?

Se lo expliqué a grandes rasgos.

—¿No estás enfadado?

—Comprendí perfectamente vuestro comportamiento. Yo hubiera hecho lo mismo. ¿Para qué ir los tres a la cárcel? Con uno que fuera ya era suficiente. Por cierto, ¿qué sabes del bueno de Elmer?

—El bueno de Elmer... —rió ella sin ganas—. Nada.

—¿Cómo es eso?

—Al poco de ser detenido tú decidí que, por si las moscas, lo mejor sería que nos separáramos.

—Ajá. Supe que lo pasaste mal en Atlanta. ¿Cómo es eso? Teníamos un buen botín de golpes anteriores...

—Elmer se lo llevó todo. Me tomó el pelo.

—¡Vaya!

—Me quedé sola con el alquiler de la casa. Yo no tenía coraje ni ideas para seguir con el «trabajo», así que volví a mi antiguo oficio. Incluso algún mes tuve que abonar en especies...

—Así que el tipejo aquel era un cabrón...

—Pero un día entablé relación con el señor Colman. El me contrató para su club de Tallahassee. Allí estuve unos años hasta que se presentó la oportunidad del concurso. Lo patrocina la Durham Cosmetic Company cuando observa que en alguna ciudad disminuye la venta de sus productos. En fin, yo lo gané y acepté la oferta de John Durham. Fui una de sus chicas durante una temporada. Hice spots publicitarios de sus productos cosméticos y fui su amante. Luego me di cuenta que allí no tenía mucho porvenir, otras como yo habían pasado por eso, durando lo que John Durham tardaba en cansarse de ellas. Entonces se me presentó esta oportunidad y vine para acá...

—¿Cómo te va?

—Psé... Bien. Por ahora no me puedo quejar. ¿Y tú... qué piensas hacer?

—Pues verás, quería saber de vosotros para iniciar el trabajo. Sólo me quedan unos pocos dólares en el bolsillo, y después de pagar esto, menos aún. Pensaba que me haríais un préstamo, me daríais techo... e iniciaríamos planes. No quiero estar de brazos cruzados.

—¿Trabajar... en lo mismo?

—Sí.

—¿No has escarmentado?

—¿Escarmentar? —solté una risita amarga—. ¿Qué es eso? Tú ya conoces mi filosofía: la vida hay que vivirla, como sea, sin importar los medios.

—Bueno, será mejor que lo hablemos esta noche. Toma esta llave y ve al 504 de South West 22nd Street. Allí tengo un apartamento. Espérame.

—Muy bien.

Le di un beso de despedida y pagué las consumiciones. Luego abandoné el local, mirando con cierta envidia a los que se divertían en la sala de juego. Fui hasta la vivienda de Liz paseando, solo con mis pensamientos.

Era un pequeño apartamento, acogedor y bien cuidado. Lo primero que hice fue entrar en la cocina y curiosear en el frigorífico y en la despensa. Poco después cenaba a mis anchas, pues Liz tenía de casi todo. Me harté como un cerdo y luego me preparé un whisky con hielo, encendí el televisor portátil de doce pulgadas que tenía y me acomodé en una butaca. Me vi una vieja película de Doris Day, una comedieta para pasar el rato. Más tarde, la tele ya apagada, cogí uno de los pocos libros que tenía en una estantería y me puse a leerlo, acompañándome de más whisky.

Cuando vino Liz, el alcohol se me había subido a la cabeza. Y para postre, como venía muy sudada, comenzó a quitarse ropa.

Yo mismo la ayudé a terminar de desnudarse y luego le hice el amor como en los viejos tiempos. En esta ocasión tardé una dulce eternidad y cuando terminé, me encontré tremendamente reconfortado, besando cada pulgada de aquel cuerpo con el que tantas veces había soñado.

—Matt —me dijo ella, correspondiendo a mis caricias muy mimosa—, creo que te he encontrado un trabajo que te puede proporcionar unos cientos de dólares...

CAPITULO II

—¿De qué se trata?

—Según lo poco que sé, un trabajo eventual y sencillo gracias al cual puedes conseguir doscientos dólares.

—¡Hum!

—Pensé en ti porque me dijiste que necesitabas dinero.

—Sí. Cierto. Pero quería que trabajáramos juntos...

—Eso necesita tiempo, querido. Y a ti te hace falta dinero con urgencia. Yo no tengo mucho...

—Está bien —suspiré, resignado—, ¿Para quién he de trabajar?

—Es un cliente habitual de The Paradise, le conozco bien. Tiene mucha pasta y posee buenos negocios. Si realizas el trabajo a la perfección, él tomará confianza contigo. Entonces tal vez le intereses...

—Sabes que prefiero independizarme.

—Pero no tienes nada que perder probando, máxime cuando estás casi en blanco.

—Tienes razón.

A la mañana siguiente nos reunimos con el tipo en cuestión en un parque cercano al edificio donde vivía Liz. Era un sujeto alto y desgarbado, de rostro seco y ojos brillantes, con no más de treinta y cinco años sobre sus espaldas. Me dio más la impresión de un matón que de un hombre de negocios.

—Este es Philip —hizo las presentaciones Liz—. Matt.

Nos estrechamos la diestra. Luego, ocupamos un banco solitario.

—Liz me habló bien de usted. ¿Está dispuesto?

—Sí.

—Aquí tiene un adelanto de cien dólares.

Tomé el dinero con ansia.

—¿En qué va a consistir la faena?

—Digamos que... un intercambio de mercancías.

—¿Algo ilegal?

—Sí —reconoció, para mirarme luego fijamente—. Pero, ¿no tendrá remilgos?

—En absoluto —sonreí para tranquilizarle.

—Espero no haberme equivocado.

—Téngalo por seguro.

—De acuerdo. El trabajo consiste sencillamente en llevar un maletín a determinado lugar. Allí se reunirá con un contacto. Este llevará otro maletín igual. Los dos lo intercambiarán. Y usted regresará conmigo. Entonces le daré los otros cien dólares. Fácil, ¿verdad?

—Eso parece.

—Seguro que sí, amigo.

—Pero me gustaría saber qué voy a intercambiar.

—Eso no le importa.

—¿Documentos, droga...?

—Olvidelo, Matt —me cortó secamente—, Y le voy a decir una cosa que habrá de tener muy presente. Los maletines irán herméticamente cerrados, con un dispositivo explosivo para el caso de que sean abiertos incorrectamente. Por tanto, absténgase de curiosear, usted límitese únicamente a su trabajo. El resto es cosa nuestra.

—Ya.

—Bien. ¿Sigue estando de acuerdo?

—Qué remedio. ¿Habrá peligro?

—Mínimo. Usted no es conocido en Miami, supongo que el otro contacto también será similar. No creo que ocurra nada, salvo que hubiera habido un soplo.

—¿Para cuándo?

—Esta noche.

—¿Cómo quedamos?

—A las nueve en este mismo lugar. Yo le daré entonces las últimas instrucciones.

—Okey.

Nos despedimos con un nuevo apretón de manos y el hombre llamado Philip se alejó por los vericuetos del parque. Liz y yo permanecimos unos minutos más allí. El lugar continuaba solitario. Sólo un avión que surcó el cielo nos dio pruebas de que había algo más que nosotros.

—¿Qué te ha parecido? —me preguntó ella.

—Veremos —murmuré.

—Te encuentro poco animado.

—Lo único que no me gusta es no saber de qué va el asunto exactamente.

—Negocios de Philip. Como son suyos y al parecer no son muy legales, él prefiere mantenerlos en secreto. Está en su derecho, ¿no?

—Supongo que sí.

—Tú ya lo sabes: cuando menos personas sepan de una cosa, más probabilidades de sacarla adelante.

—¿Vamos a almorzar? —propuse—. Te invito. Ahora tengo dinero.

Encontramos un restaurante en la South West 23rd Street, cerca del cruce con la South West 9th Avenue. Era un local sencillo y acogedor, con escasa clientela.

—¿De qué le conoces? —pregunté de pronto, mientras nos traían los platos pedidos.

—¿Cómo?

—Me refiero a ese tal Philip.

—Bueno, ya te lo dije. Es un cliente habitual de The Paradise.

—¿Sólo de eso?

—Sólo de eso. ¿Por qué?

—No me ha dado la impresión de ser un hombre de negocios. Parecía la antítesis.

—¡Oh!

—Deben ser impresiones mías.

—Por supuesto que sí, querido. Philip es un hombre de posición, te lo aseguro, si no, no podría ser asiduo a The Paradise. Gasta mucho cuando va por allí y sé que tiene algunos negocios inmobiliarios, al menos éstos son los que le sirven de tapadera.

—¿Y los otros?

—Creo que drogas.

—Ajá. Te veo bastante informada.

—Bueno, yo soy su favorita cuando va por The Paradise...

—¿Has...?

—No me digas que te vas a poner celoso —soltó una carcajada—, Durante todo este tiempo que hemos estado separados, he hecho muchas cosas, he tenido muchas relaciones con hombres, unas por gusto, otras por obligación... Philip es uno más. ¿Te basta eso?

—Sabes que no soy celoso, cada uno es libre de actuar como quiera, ni tampoco estaba recriminándote. Sólo quería conocer la exacta relación que has tenido con el tal Philip.

—¿Y estás satisfecho?

La llegada del camarero con los platos puso punto final a la conversación. Comimos en silencio, sólo intercambiamos un par de

comentarios sobre los alimentos sin ninguna trascendencia. Tras los postres, ella sacó su cajetilla de tabaco y fumamos.

—Me están rondando algunas ideas por la cabeza, ¿sabes?

Ella sacudió nerviosamente el cigarrillo.

—¿A que te refieres, Matt?

—Sobre lo que podríamos hacer juntos, tú y yo.

—¡Oh!

—Si realmente a The Paradise sólo va gente de elevada posición como el tal Philip, tú podrías obtener datos muy preciados y yo...

Dejé la frase en suspenso. Liz entendió.

—No es mala idea —opinó—. Pero no se podrían dar muchos golpes. La policía podría establecer rápidamente conexiones entre los robados...

—Desde luego. Sólo unos cuantos para reunir lo suficiente para trasladarnos a la Costa del Pacífico. Allí nadie nos puede reconocer, hay terreno virgen...

—Sí, será cuestión de estudiarlo.

—Y también podríamos entonces intentar localizar a Elmer Foster.

—¿Para qué?

—El se llevó dos terceras partes que no le correspondían.

—A lo mejor ni está ya en el país.

—Bueno, era sólo una sugerencia.

Ella consultó su reloj y luego estrujó el cigarrillo en el cenicero de cristal.

—He de irme ya.

—Es pronto.

—Tengo que pasar antes por el centro y comprarme unas medias. Por otro lado, Barker siempre quiere que estemos dos horas antes de abrir.

—¿Barker?

—Gary Barker, el dueño de The Paradise.

—Ah, ya. ¿El fue quien te contrató?

—Sí. Le conocí en Palm Beach. Me hizo una buena oferta y acepté.

Liz se puso en pie.

—¿Vienes?

—No. Me quedo aquí un rato más. Voy a tomar otro café.

—Está bien. Nos veremos por la noche, en mi apartamento. Suerte, cariño.

Se inclinó y me dio un beso. La vi alejarse después hacia la salida, con un excitante contoneo.

La tarde transcurrió para mí de una forma lenta y pesada. Por un lado deseaba entrar en acción y ganar esos aparentemente fáciles doscientos dólares; por otro, no acababa de convencerme el tal Philip. Cuanto más pensaba en él, menos me gustaba. De todas formas, a la hora en punto, de nuevo estuve en el parque.

El hombre llamado Philip tardó cinco minutos en aparecer. Venía envuelto en una gabardina gris, con un maletín negro en la diestra. El lugar, ahora, además de solitario, se presentaba oscuro y siniestro.

—Aquí tienes —me tendió el maletín, tras los saludos de rigor—. La cita es en el embarcadero de Tahití Beach, en el sur de Miami. El otro contacto será una mujer rubia y llevará un maletín como éste. Lo intercambiarán disimuladamente, como si fuera una confusión. ¿Comprendido?

—Sí.

—Dentro de una hora debe estar allí. Tome un taxi. Luego venga otra vez acá.

Okey.

—Tome cincuenta dólares más para gastos de transporte.

Acepté los billetes y me fui de allí con paso rápido. Al salir del parque no encontré ninguna dificultad en parar un taxi.

Tahití Beach se encontraba más allá de los límites de la ciudad de Miami, en dirección a Cutler Ridge. Llegamos gracias a una estrecha carretera comarcal, llena de polvo y de baches. Pagué la carrera y me encaminé decididamente hacia el embarcadero.

Las terrazas de los bares situados frente a la playa, al otro lado del Paseo Marítimo, presentaban un gran bullicio de gente. El mar aparecía como una masa oscura, en calma, que susurraba al morir en la orilla. La playa estaba desierta, y en el embarcadero había algunas luces, sobre todo de los dos yates anclados junto a varias lanchas fuera borda.

En seguida vi a la mujer.

Aparte de que no había muchas personas en el embarcadero, ella llamó al momento mi atención, por su melena rubia, por su belleza y por el maletín que portaba.

Había brotado de una zona oscura en la cual posiblemente debía estar esperándome. Poseía una elevada estatura y una figura realmente admirable, moldeada a la perfección. Su rostro ovalado,

de tez bronceada, era verdaderamente atractivo.

Nos encontramos a mitad de camino, delante de unas embarcaciones que se mecían suavemente sobre las aguas. Hasta nosotros llegó perfectamente la música y la algarabía que reinaba en uno de los yates iluminados: alguna fiesta..., pero eso no nos importaba.

Ella tenía unos hermosos senos, altos y firmes, sugestivamente redondos. Sus ojos eran azules, y brillaban como dos luciérnagas en la noche. Entre sus gordezuelos labios llevaba un cigarrillo sin encender.

Se detuvo al pasar junto a mí.

—¿Sería tan amable de darme fuego, señor?

Supé en seguida cómo debía actuar, nada más verla dejar el maletín en el suelo.

Yo hice lo mismo y saqué una carterita de fósforos. Rasqué uno de ellos.

Al acercarle la llamita, ella colocó las manos alrededor, formando un cerco para evitar que la suave brisa apagara el fósforo.

Nuestros ojos se encontraron entre el resplandor. Creí adivinar en aquellas hermosas luciérnagas cierto desprecio hacia mi persona.

Ella soltó su primera bocanada de humo sobre la llamita, apagándola. La penumbra rompió el encanto que estaba experimentando y me devolvió a la realidad.

—Gracias, señor.

—Ha sido un placer —repuse, dejando caer la cerilla y guardándome la carterita.

Los dos nos inclinamos para recoger los maletines. El cambio resultó de lo más natural.

Ya íbamos a iniciar nuestro respectivo camino, cuando un vozarrón asoló el embarcadero:

—¡Alto! ¡Policía!

CAPITULO III

Ella respingó violentamente, escapándosele el cigarrillo de los labios. Yo solté una obscena maldición al ver correr a tres hombres hacia nosotros, chillando.

—¡Idiota, Peters! ¡Debía haber esperado!

Los tres llevaban las armas en las manos.

—¡Rápido! —rugí, tomándola por un brazo—. ¡Esto es una encerrona!

—¡Cochina bofia! —espetó ella—. ¡Están en todos los sitios!

Tiré de ella hacia el embarcadero y entonces sonaron un par de disparos.

—¡No disparen! —gritó uno de los policías que corrían tras nosotros. Todo el embarcadero temblaba terroríficamente—. ¡No tienen escape!

En cierto modo era verdad. Ellos habían aparecido cerrándonos el paso hacia el exterior, hacia el Paseo Marítimo. Nuestra meta era el mar, y lanzarse al agua prácticamente significaba una locura.

Pero también estaban las embarcaciones.

—¡Salte!

No tuvo tiempo de pensárselo porque yo la arrastré en mi salto. Los dos caímos gateando sobre el piso de la lancha fuera borda. Los maletines escaparon de nuestras manos y rodaron hasta tropezar con estribor. Yo no me preocupé de ellos de momento y me lancé como un desesperado sobre el motor, rogando porque funcionara. Tuve suerte y conseguí arrancar al instante.

Salimos de allí a todo gas, justo en el momento que los policías comenzaban de nuevo a disparar, viendo que las presas se escapaban. Las balas, como en la anterior ocasión, nos pasaron rozando peligrosamente, pero una vez más logramos salvar el pellejo.

—¿Sabe a dónde vamos? —me preguntó ella, ya junto a mi, excitada. El fuerte aire alborotaba graciosamente sus cabellos dorados.

—Primero salgamos de la bahía, luego ya veremos...

Las luces de Tahití Beach fueron quedando muy lejanas, tras la

estela blanca que rasgaba las oscuras aguas de Biscayne Bay. La lancha respondía a la perfección, corriendo como una endemoniada máquina ansiosa de tragar millas y más millas. Pronto nos quedamos terriblemente solos en el mar, rodeados de agua por todas partes, sin ningún horizonte de tierra a la vista, bajo la blanca luz lunar.

—¿Usted conoce este lugar? —me preguntó ella, el rostro pálido, no sé si por si o por el reflejo de la luna.

—No mucho. Estuve en un par de ocasiones hace ya muchos años.

—Le recuerdo entonces que si nos dirigimos hacia el norte encontraremos Miami, Miami Beach, y hacia el sur los Cayos. Y si era la policía...

—¡Era la policía!

—Entonces ya deben haber pasado aviso a ambos sitios. Sólo nos queda, pues, mar adentro.

—También hay que pensar en los guardacostas. Seguro que ya les habrán puesto en estado de alerta.

—¡Estamos perdidos!

—¡Hum! Eso parece.

Ella me miró con gran desolación.

—Mi nombre es Lorna Andrews.

—Matt Connors.

Había detenido la lancha para meditar serenamente, por unos minutos, la postura a adoptar.

—¿En qué piensa?

—Si seguimos mar adentro, es un suicidio, caso de que no nos encontraran los guardacostas.

—¿Por qué?

—El depósito se acabará en uno u otro momento, y entonces quedaremos a la deriva.

—¡Ya! —musitó, apretando los labios.

—Por tanto, no queda más remedio que arriesgarse. Nos dirigiremos hacia tierra y procuraremos tener suerte y no encontrar ninguna patrulla de vigilancia.

—Entonces será mejor ir hacia los Cayos. Es una zona menos poblada.

—Desde luego.

Puse nuevamente el motor en marcha y enfilé la proa rumbo hacia el sur.

Ella se tumbó indolentemente sobre el casco, recogiendo el pelo con las dos manos.

—¿Cómo se metió en esto? —le pregunté.

—Por doscientos dólares.

—Ajá. Lo mismo que yo.

—¿Y usted sabe de qué va todo esto?

—No muy bien.

—Me dijo el muy hijo de perra que no había peligro —barbotó, casi hablando consigo misma—, ¡Que sólo era intercambiar los maletines en el embarcadero!

—También me lo dijeron a mí. Pero al parecer la policía tuvo conocimiento.

—Pero, ¿por qué? ¿Acaso...? —sus ojos se desviaron hacia los maletines.

—¿De dónde cae usted, hermana? ¿Qué se cree que llevamos ahí: caramelos, estampitas religiosas...?

Lorna Andrews balbuceó:

—Bueno, yo tengo entendido que...

—Posiblemente ahí haya drogas —seguí diciendo—, o tal vez documentos importantes y secretos, o dinero falso...

—No es posible —exclamó, gateando hacia los maletines, dispuesta a abrirlos.

—¡Quieta! —grité, abandonando mi puesto y abalanzándome sobre ella—. ¿Está loca? ¿Quiere que volemos por los aires?

—¿Cómo?

Ella parpadeó sorprendida por mis palabras, nuestros cuerpos muy pegados. Yo ya le había conseguido arrebatar el maletín de las manos.

—¿Acaso no se lo dijeron?

—¿El qué?

Tenía tan cerca su rostro, sus labios, y sentía su aliento como una caricia, que deseé besarla.

Pero opté por responder:

—Sólo lo puede abrir el que tenga la llavecita correcta.

—¿Qué tontería dice?

—Si se intenta forzar... ¡pum!

Los ojos de ella se agrandaron aún más. Su pecho se hinchó por la rabia y yo lo noté contra mí.

—¡Maldito Fess! ¡Me la ha jugado sucio!

—Así es, al parecer —dije, soltándola finalmente y retornando al

volante para recuperar el rumbo—. Estamos metidos en un feo asunto.

—¡Hijo de puta! —masculló.

—Ahora de nada sirven las lamentaciones, hermana. Dígame: ¿quién es Fess?

—Un amigo. O al menos eso creía. Fue él quien me ofreció doscientos dólares por hacerle el favor de llevar el maletín y cambiarlo por otro igual en el embarcadero de Tahití Beach.

—Bueno, posiblemente el suyo no esté preparado para explotar en caso de forzar la cerradura, como a mí me aseguraron que sucedería con el mío. Tal vez el mío tampoco lleve ese dispositivo y sólo me lo dijeron para asustar. Pero tal como están las cosas, lo mejor será no probar. ¿Le parece?

—Sí. Pero Fess me aseguró que se trataba de material pornográfico.

Solté una carcajada.

—Me dijo también que usted era una especie de degenerado, o cosa así.

Ahora reí más fuerte.

—¿Y por qué no vino él? —pregunté.

—Tenía que vigilar a las compañeras.

—¿Qué compañeras?

—Fess es un chulo.

—Oh, ya entiendo.

—¡Como lo vuelva a ver...!

—Olvide ahora las lamentaciones. ¡Mire! ¡Ya nos estamos aproximando a los Cayos!

—Métase por el interior —señaló ella, agarrada con las manos a babor.

Seguí su sugerencia, los dos muy animados por la posibilidad de salir con bien de aquello. Dejamos atrás Sands Key y Elliott Key, aproximándonos cada vez más a la costa de la península de Florida, qué se veía oscura y desértica, lo cual nos congratuló aún más.

Pero la alegría duró bien poco. Por entre Old Rhodes Key y el tan renombrado Key Largo apareció de pronto un navio de los servicios de guardacostas, con sus enormes focos batiendo el mar.

—¡No! —gimió Lorna.

Era cuestión de escasos segundos que nos localizara.

—¡Al agua! —decidí.

—¡Los maletines! —chilló ella.

—¡Al diablo los maletines! ¡Antes es nuestro pellejo! ¡Al agua!

Nos arrojamos poco antes de que nos alcanzara la circunferencia lumínica y la sirena sonara rompiendo el silencio de la noche. La lancha motora la había dejado en marcha, corriendo locamente mar adentro. Eso despistaría a los del guardacostas durante un tiempo que nos sería vital para conseguir ganar tierra.

Pero nuestra sorpresa fue monumental cuando, súbitamente, sonó aquella horrenda explosión. Sólo un instante nos detuvimos en nuestra brazada para mirar atrás y contemplamos una especie de tea en mitad del mar.

Era nuestra lancha, lo que quedaba e ella.

CAPITULO IV

Cuando llegamos a tierra, estábamos prácticamente deshechos, jadeando lastimeramente. Nos dejamos caer como plomos durante unos largos minutos sólo hicimos el mínimo esfuerzo necesario para respirar. A lo lejos se distinguía el resplandor de la lancha incendiada.

Sin moverse del sitio, tumbada cuan larga era, Lorna Andrews dijo con satisfacción:

—Lo hemos conseguido.

Yo miré hacia el mar. Los del guardacostas ya se habían aproximado a los restos de la lancha.

—Creo que sí. No nos vieron lanzarnos al agua ni nadar, si no nos hubieran seguido. Nos deben dar por muertos, despedazados por la explosión...

—Pero cuando no encuentren ningún resto...

—Para ese entonces estaremos lejos.

Ella gateó hacia mi, casi pegándose a mi cuerpo. Nuestros rostros quedaron muy cerca, encarados, los ojos mirándose fijamente.

—¿Por qué explotó la lancha? —preguntó ella con voz enronquecida.

—¿No se lo imagina? —sonreí sin ganas—. Los maletines.

—Pero debían estallar si los forzábamos, dijo usted.

—Sí, sé lo que dije, maldito sea —mascullé, enfurecido por mil cosas que acudían a mi mente y me martirizaban—. Eso fue lo que me contaron.

—Ya. Pero parece ser que le mintieron —dijo ella, y yo sentí algo así como una punzada en el corazón—. Si fueron los maletines los que provocaron la explosión, nadie los tocó porque los del guardacostas aún no habían llegado, es claro que debían llevar un dispositivo de relojería, o algo así... Yo no entiendo mucho de eso, pero es lo único que se me ocurre.

—Sí —tuve que asentir a sus palabras—. Posiblemente los maletines estuvieran reforzados para que no se escuchara su maldito mecanismo mortal..

Ella soltó una risita amarga.

—Material pornográfico, drogas, documentos secretos, dinero falsificado... Sospecho que nos han engañado vilmente. No hemos sido más que unos monigotes. ¡Pero me gustaría saber por qué!

A mi también. Dije:

—No vale la pena perder el tiempo elaborando teorías. Lo mejor es que nos pongamos en movimiento cuanto antes.

—¿Qué piensa hacer?

—Volver.

—¿Volver?

—Eso he dicho. Tengo que hablar largo y tendido con los que me metieron en esto. Me han de dar una serie de explicaciones.

—Sí...

—Vamos. ¡En pie!

Nos levantamos, observando cuanto nos rodeaba. No había mucho para elegir.

—Seguiremos la costa —dije yo—. De todas formas siempre caminaremos sobre seguro.

—No debemos estar lejos de Florida City —observó ella.

—Eso está hacia el interior, ¿verdad?

—Sí.

—Hum. Adentrarnos puede resultar peligroso. Nos encontramos cerca de The Everglades. Podemos perdernos en los pantanos. No me gusta eso.

—Lo sé, pero si alcanzamos Florida City desde allí nos trasladaríamos fácilmente a Miami.

—Está bien. Si usted sabe el camino...

—Creo saberlo. Florida City se encuentra más o menos a la altura de Elliott Key.

—De acuerdo. Adelante.

Pronto nos adentramos en un terreno frondoso, dejando atrás la costa y el mar que quedaron ocultos a nuestros ojos. Para ese entonces los del guardacostas ya habían logrado apagar el fuego de los restos de la lancha. Caminamos con sumo cuidado, mirando bien dónde pisábamos, sólo iluminados por la luna, allá en lo alto. La tierra era blanda, algo fangosa. Los mosquitos y otros insectos comenzaron a pulular molestando a nuestro alrededor.

—Esto no me gusta nada —dije, malhumorado.

—No sea miedoso.

—¡Maldita sea! ¡No conozco esto!

—¿Acaso no confía en mí?

—Bueno, en la situación que nos encontramos no me queda otro remedio. Pero yo hubiera preferido ir bordeando la costa.

—Tranquilícese. Sé por donde vamos. Pronto saldremos a la carretera, la que lleva de Florida City a Key Largo.

Solté un gruñido.

Anduvimos otro largo trecho sin atisbar ningún signo de ida humana o civilización. Todo seguía oscuro, intrincado, infecto, cada vez más pantanoso. Ya habíamos conseguido en más de una ocasión meter más de media pierna en el fango, y yo me daba a todos los diablos.

—Cómo se nota que es usted lobo de la ciudad —comentó ella, quien parecía divertida con la condenada travesía por aquella ciénaga—. No tiene ninguna experiencia en estos tragos, ¿eh?

—¿Y usted? ¿acaso pertenece al Club de las Mujeres Exploradoras?

—No —dejó escapar una sonora carcajada—. Pertenezco a la Liga de Prostitutas.

—¿Se está riendo de mí? —parpadeé, sorprendido.

—En absoluto. Ya le dije lo que es el tal Fess, el muy hijo de perra.

—Oh, sí, lo recuerdo. Un chulo.

—Y yo pertenezco a su cuadra. Tengo mala fama, ¿sabe? Me llaman «la puta rebelde».

—¿Por qué?

—Siempre estoy protestando, planteando reivindicaciones... Supongo que eso es lo que me ha valido esto. Tengo ese presentimiento. Creo que lo que Fess pretendía en verdad, en vez de que le hiciera un favor, era librarse de mí.

—Ajá.

—¿Y qué es usted? ¿Acaso pertenece al Club de los Señoritos de Salón?

—No. Soy miembro de la Liga de Ex Presidarios.

—¡Vaya!

—Salí de la prisión hace unos días.

—Y en seguida ha vuelto a las andadas, ¿eh?

—Hay que vivir. ¡Cuidado!

La cogí de un brazo antes de que se hundiera del todo, luego tiré fuertemente. Ella vino hacia mí, exclamando:

—¡Menudo susto! ¡Gracias!

—Esa experiencia, hermana...

Nos habíamos detenido, mientras ella se recuperaba. Todo su vestido estaba irremediablemente perdido de cintura para abajo. Además, los dos olíamos a cien mil demonios sucios.

—¿Y a usted quién le metió en esto? —me preguntó.

—Una amiga.

—¡Cuerno! ¡Debe quererle mucho!

—Sí... —hice rechinar mis dientes.

No había querido pensar mucho en Liz para no obcecarme. Me era difícil admitir que me hubiera engañado. Antes de llegar a una trágica conclusión, deseaba escucharla. Tal vez lo ocurrido sólo fuera una idea del tal Philip. Desde un principio no me había gustado...

—Lo siento —dijo ella—. Sólo era una broma. No quise ofenderle.

—No lo ha hecho —me acarició con una mano el rostro—. No estamos en condiciones de enfadarnos entre nosotros.

—Olvídelo. Estaba pensando en otras cosas.

—¿Esa mujer?

—Sigamos nuestro camino —corté la conversación.

—Okay.

Se separó de mí y echó a andar. No volvió a mirarme hasta que exclamó:

—¡Mire! ¡Ahí está!

En efecto, la carretera había aparecido ante nosotros tras salvar la última arboleda. Algunos coches la cruzaron como una exhalación, dos hacia arriba, uno hacia abajo.

—La felicito —dije, enjugándome el sudor.

—¿Qué le parece si detenemos un coche?

—¡Ni hablar!

—¿Por qué?

—¿No ve la facha que tenemos? En seguida llamaríamos la atención. Seguiremos caminando hasta Florida City. Una vez allí yo, que presento mejor aspecto que usted, trataré de conseguir otras ropas para los dos. Aunque el dinero se mojó, sigue siendo bueno.

—De acuerdo. Continuemos hacia el norte.

No sé las millas que caminamos, pero lo cierto es que divisamos Florida City cuando ya amanecía.

—¿Está desilusionado?

—Sí. Pensé que sería una ciudad. Esto no es más que un pueblo.

—Efectivamente. No creo que tenga más allá de los seis mil habitantes. Pero lo que cuenta sobre todo es la población flotante, turistas mayormente.

—Quédese aquí. Volveré cuanto antes.

—No se pierda.

Vi su sonrisa burlona y yo también sonreí. Le hice un gesto de despedida con la mano, continuando camino hacia la entrada del poblado. Desde luego, era un lugar eminentemente turístico, se apreciaba al instante. Un coche pasó junto a mí con sus cañas de pescar sobre la baca. La población presentaba un aspecto tranquilo, apacible, a aquellas tempranas horas de la mañana que nacía.

En la misma Main Street encontré un almacén de ramos generales que estaban abriendo. Los dos hombres que lo hacían se me quedaron mirando, pues mi aspecto no era muy presentable. Yoforcé una sonrisa.

—Hola, ¿qué hay? —saludé jovialmente—. He tenido un percance con el coche, en una pequeña laguna cercana. Mientras pescan mi auto, he venido a comprar otras ropas, pues he de seguir camino hacia Key Largo. ¿Pueden atenderme?

—Por supuesto, señor —asintió con una cabezada el más mayor, que debía ser padre del otro, pues se parecían bastante—. Pase.

Cuando regresé junto a Lorna Andrews, ésta se hallaba sentada sobre una ancha piedra, con los brazos cruzados y la mirada pensativa.

—Pero ¿qué es esto? —exclamó al ver lo que traía—. ¡Ropas masculinas!

—No tuve más remedio. Comprar ropas femeninas hubiera sido llamar la atención en exceso. Arrégleselas como pueda, ya en Miami será otra cosa.

Ni siquiera se preocupó de buscar unos arbustos tras los que ocultarse. Allí mismo, delante de mí, se desnudó y se colocó los pantalones y la camisa, tras limpiarse someramente con las ropas sucias. Siguió usando, por supuesto, las mismas zapatillas.

—Se ha excitado, ¿eh? —me comentó, guasona.

Ni yo mismo me había fijado en ello. Caí en la cuenta al decirlo ella, y entonces me apresuré a terminar de vestirme. Abandonamos las viejas ropas junto a unos matorrales y echamos a andar silenciosamente hacia el pueblo.

Pregunté a un viandante si había línea de autobuses hacia Miami, me contestó que sí y además me indicó dónde tenían la

parada.

Una vez saqué los billetes y nos acomodamos en el interior del autobús, ella me preguntó:

—¿Le gusto?

Sus ojos azules me miraban con mucha fijeza.

—Sí —reconocí, inclinándome sobre ella y besándola en los labios. No importaban los presentes, en todo caso pensarían que se trataba de una pareja de enamorados.

—¿Sabe una cosa? —dijo ella cuando nos separamos, ladeando la cabeza sobre el respaldo.

—¿Qué?

—Hacía tiempo que no me besaban de esta forma.

Yo no repliqué. El autobús acabó por llenarse y entonces el conductor lo puso en marcha. Salimos de la U. S. Highway número uno y pasamos por pueblos como Leisure City, Naranja y Goulds. La mayoría de los viajeros eran turistas, y todos iban con los rostros pegados a las ventanillas, haciendo comentarios de admiración con sus compañeros o compañeras. Yo me mantuve indiferente al paisaje, pensando en otras cosas que me atormentaban, y Liz cogió una de mis manos y recostó la cabeza sobre mi hombro, terminando por dormirse. Así transcurrieron la mayor parte de las treinta millas que nos separaban de Miami.

—¡Eh, despierte! ¡Ya estamos llegando! —le palmeé suavemente en una mejilla, cuando ya habíamos dejado atrás la pequeña población de Dixie y pasábamos junto a la University of Miami.

Ella murmuró algo ininteligible, entreabriendo los ojos y desperezándose después.

—Ahora me encuentro verdaderamente agotada.

—No tiene nada de extraño. Nos hemos pasado casi toda la noche caminando...

—¿Qué piensas hacer?

—¿Cómo?

—¿Qué va a hacer en Miami?

—Ya se lo dije: buscar explicaciones. Supongo que me dan por muerto, apareceré como un resucitado, eso causa impacto siempre y espero que la lengua se les afloje al momento.

—Habla en plural. Me dijo que había una mujer, su amiga, sólo.

—Y también un hombre. Un tal Philip. Solamente sé eso de él. Fue quien me contrató y me dio las instrucciones. Ella me lo presentó.

—Ajá.

—Y usted buscará al tal Fess, ¿no?

—Sí. Eso haré —murmuró.

El autobús se detuvo en ese momento. Los dos fuimos a ponernos en pie sin darnos cuenta que nuestras manos seguían entrelazadas. Esbozamos una sonrisa y las soltamos. Ella caminó delante mío descendiendo del vehículo.

—Bien —exclamé, ya pisando tierra—. Aquí nos separamos. Es la despedida.

Los ojos de ella no cesaban de escrutarme. Se humedeció los labios con la lengua y dijo:

—No le he hablado de Fess Bryon, ¿verdad? Es un tipo muy bestia, muy salvaje...

Ella hizo una pausa, expectante, pero yo no dije nada, por lo que agregé:

—Tal vez necesite ayuda para enfrentarme a él...

Le alargué una mano, diciendo:

—Pero primero vamos a visitar a mi amiga Liz.

—*Okay* —aceptó de inmediato.

Detuve un taxi y en él nos trasladamos al domicilio de Liz. Seguía llevando conmigo la llave de su apartamento, así que no iba a tener ningún inconveniente para presentarme ante ella sin llamar y darle un buen susto.

El susto nos los dio Liz. La encontramos en mitad del living, vestida con su transparente camisón, en una postura muy grotesca. Su bello rostro estaba deformado por una horrible mueca. Nada más acucillarme junto a ella y observarla me di cuenta de lo que había sucedido.

Alguien la había estrangulado sin piedad.

CAPITULO V

El silencio lo rompió Lorna:

—¿Esta es su amiga?

Tardé unos segundos en contestar, sin poder apartar mi mirada del cadáver. Todo había terminado, y de una forma trágica y espantosa.

—Sí.

—¿Y cómo es posible que...?

—Ya lo ve —la interrumpí, sintiendo que la rabia circulaba por mis venas—. Apretándole el cuello.

—¿Cree que...?

—Me temo que sí. Ahora el asunto ya es mucho más feo y sucio que antes.

—¿Quién habrá sido? ¿El tal Philip?

—Tal vez. Lo malo es que no sé exactamente quién es, sólo lo reconocería si volviera a verlo. Posiblemente el nombre sea falso, si realmente jugaba con cartas marcadas. Liz me dijo que era cliente habitual de The Paradise, pero ahora ya no me creo nada.

Me puse en pie y registré por encima el apartamento sin encontrar nada que llamara mi atención.

—¿No pensará avisar a la policía?

—No.

—¿Por qué la habrán matado?

Me encogí de hombros.

—Desde luego, no podían saber que estamos vivos y que íbamos a venir aquí a interrogarla.

—Eso es cierto. Debe haber habido otra razón.

—¿Qué piensas hacer?

—Lo primero salir de aquí.

Tomamos toda clase de precauciones para abandonar aquel edificio, sin que nadie nos viera. Luego nos alejamos paseando por la calle. Hacía un día cálido, pesado.

—¿Y ahora? —preguntó ella.

—Vamos a visitar a su amiguito. Tal vez por él logremos saber algo de ese asunto.

—Magnífico.

Nos trasladamos hasta los bajos fondos de la ciudad, al norte, una zona infecta, diametralmente distinta a lo que se anunciaba en los folletos turísticos. Entramos en un cafetucho sórdido, lleno de humo y olor a whisky barato. La clientela era de temer, todos los rostros estaban marcados por el estigma de la droga. Las mujeres descotadas y pintadas, contoneándose con aire provocativo. Una de ellas, pelirroja, se aproximó a nosotros.

—¡Eh, Lorna! Pero ¿de qué te has vestido?

Lorna continuaba usando las ropas que había comprado en Florida City.

—¿Dónde está Fess? —preguntó, haciendo caso omiso de las anteriores palabras.

—Adentro, haciendo sus cuentas, supongo.

—Gracias, Deborah.

—Dijo que ya no te veríamos, que te habías despedido.

—Os mintió. Ahora es cuando vengo a despedirme.

—¿Tu nuevo hombre? —me señaló con un dedo, reparando por primera vez en mí.

—Sí.

—Hum. Este es superior, y si paga mejor... Tal vez a mí también me interesara cambiar.

—Lo siento, hermana —dije—. El cupo está completo.

Lorna ya había echado a andar y yo fui tras ella, dejando a la otra con la palabra en la boca. Atravesamos unas cortinas y caminamos por un estrecho pasillo iluminado por una pelada bombilla que colgaba de la mitad del techo. Al fondo había una puerta.

—Aquí es —dijo ella, golpeando con los nudillos.

—¿Sí? —chilló una voz masculina.

—Conteste usted —me susurró Lorna—. No quiero que me reconozcas.

—¿Fess Bryon?

—Sí.

—Soy un amigo de Deborah —improvisé rápidamente—. Tengo varias chicas a las que voy a licenciar. Tal vez alguna le interesara.

—Un momento.

Oímos unos ruidos, como si estuviera guardando algo precipitadamente, luego unos pasos, y por fin la puerta se abrió.

—Pase ust... ¡Lorna! —exclamó de pronto, abriendo unos ojos

como platos, quedándose inmóvil, de piedra, clavado en el suelo.

—Hola, perro —saludó ella fríamente, dándole un empujón hacia adentro.

El tipo en cuestión no tendría más allá de los treinta años de edad. Era alto y delgado, muy huesudo. Vestía un pantalón vaquero y un jersey blanco de mangas cortas. Sus finos labios comenzaron a temblar nada más ver cómo nosotros pasábamos también al interior y yo cerraba la puerta, apoyando la espalda en ella.

—Sorpresa, ¿eh?

Lorna le había encarado con mirada dura. El retrocedió hasta tropezar con la pared.

—Lorna, qué... qué alegría verte.

—No seas hipócrita.

—De verdad.

—Vengo a por mis doscientos machacantes.

—¿Cómo?

—Es lo que me prometiste por hacer el trabajo, ¿no?

—Sí, sí, pero... —hizo una pausa, tratando de encontrar una salida—, ¡pero no veo el maletín!

—Lo dejé fuera. Primero quiero ver el dinero. ¡Vamos, Fess, de prisa!

El tipejo echó mano de un bolsillo del pantalón y sacó un rollo de dinero. Separó unos billetes y se los entregó con mano temblorosa a la joven.

—Estamos en paz —dijo.

—Aun no.

—¿Qué quieres decir? —borró la sonrisa que había empezado a esbozar.

—Ahora me vas a contar de qué iba el asunto, Fess.

—Lorna, ya te lo dije.

—Quiero volverlo a oír.

—El tipo aquel quería material pornográfico de primera *calidad*, *hardcore*, ya sabes... Yo no podía acudir a hacer la transacción y te pedí a ti que me hicieras el favor. Tú le entregarías el maletín con la «mercancía» y él te daría otro con la paga. No hay más.

—Ajá.

—Celebro que todo haya salido bien, Lorna. Ahora, por favor, dame el maletín y...

—Matt —le cortó Lorna, sin mirarme—, dile quién eres.

Los ojos del tipejo me buscaron, intrigado. Al encontrarse se lo

dije:

—Amigo: yo soy el degenerado.

—¿Qué? —balbuceó.

—El tipo del material pornográfico.

—¡No! —chilló como si estuviera contemplando una visión de ultratumba.

—Los dos nos llevamos una desagradable sorpresa —habló de nuevo Lorna, dando un paso hacia el tipejo—. ¡Vamos, Fess! ¡Quiero la verdad!

—Lorna, yo...

La muchacha movió una pierna en un golpe que debía tener muy ensayado. Acertó a la primera, y además de una forma brutal. Fess Bryon se encogió dolorido, aullando.

—¿Quieres que te reviente esos malditos huevos? —le espetó con fiereza Lorna Andrews parecía haberse transformado por completo.

—Lorna, hija de...

Ahora el puntapié fue a las costillas, lanzándolo hacia atrás.

—Estaba deseando hacerte esto, ¿sabes? —dijo ella, sus ojos brillando de gozo—. Por fin me veo libre de los temores que aún me restaban.

Fess Bryon se retorció como un gusano por el suelo, tartajando:

—Me... las... pagarás... Lo que... estás haciendo... te... te costará... la vida...

Ella soltó una carcajada.

—No me asustas. Hasta ahora te tenía un cierto respeto, sobre todo por tus amigos de las navajas que se encargan de mantener el orden del rebaño. Pero eso se ha acabado desde que sé que me has sentenciado a muerte. Tú has sido quien ha roto definitivamente el lazo que nos unía, enviándome a una trampa mortal. Tus amenazas no me dan ya miedo. No tengo nada que perder. Ahora ya no soy sólo la puta rebelde, sino una mujer que defiende con uñas y dientes su vida, y no voy a tener piedad. ¡Piensa cómo sufrir lo menos posible!

—No sé nada...

—Así lo vas a pasar verdaderamente mal.

Nuevamente el pie de ella se clavó en su pecho, con sordo ruido. Fess Bryon, en esta ocasión, se resintió penosamente. Tras gritar, le vinieron unas fuertes arcadas y vomitó con violencia, casi ahogándose.

Lorna Andrews dio un paso decidida y le colocó un pie sobre el cuello, obligándole a estrellar el rostro contra los propios restos que acababa de arrojar.

—Fess —su voz sonó suave, amenaza dora mente suave—, ¿de qué iba el asunto?

—Ha... hablaré...

—Muy bien.

Retiró el pie y el tipejo se apartó de sus propios restos, limpiándose aprensivamente con un pañuelo.

—Estoy esperando, Fess —dijo ella, impaciente.

—Fue... fue cosa de... de Randall...

—¿Quién es Randall?

—El distribuidor de droga de la zona.

—¿Y...?

—Me dijo... me dijo que tenía un trabajo para una chica... Que pagaría doscientos dólares... Un trabajo sencillo... Y te lo propuse a ti...

—Sólo eso, ¿eh?

—Si.

—¿Te crees que soy idiota? —barbotó ella, lanzándole el pie a la cara.

Fess Bryon se ladeó un poco y así sólo le rozó una mejilla que pronto adquirió el color del tomate.

—¿Y por qué te inventaste el cuento del material pornográfico? ¿Y por qué el maletín voló por los aires? ¿Qué más hubo, Fess, maldito hijo de hiena?

Sólo hizo falta que le amenazara con el pie en el aire.

—Randall... Randall me dijo que era un trabajo arriesgado, peligroso —dijo rápidamente, de un sopetón—. Que le proporcionara una chica que no temiera perder, pero no me dijo nada más... ¡Lo juro! ¡Lo juro! ¡No sé nada de explosión alguna! ¡El mismo fue quien me proporcionó la historia que debía largarte sobre el asunto! ¡No sé realmente de qué iba! ¡Le debía muchos favores a Randall, ya sabes que soy un adicto a la heroína..., y por otro lado te odiaba a ti! ¡Ya te lo he dicho todo! ¡No me pegues más!

—¿Dónde puedo encontrar a ese Randall?

—Frecuenta el antro de Luke. Allí tiene una amiguita llamada Sharon. ¡Eso es todo, Lorna, de verdad!

—¡Eres una rata inmundada! —masculló ella—, ¡Me enviaste a la

muerte a conciencia!

—Lorna, no, por favor...

No estaba tan mal como creíamos. El tipejo se había puesto a «cantar» con la idea de confiarnos y recuperar fuerzas. Cuando Lorna le fue a enviar una nueva patada, en señal de despedida, Fess Bryon tomó su pierna y la volteó.

Lorna perdió el equilibrio, dando unos cuantos tumbos por el suelo. El tipejo corrió entonces hacia la mesa escritorio y yo salí disparado hacia él. Mientras abría el cajón central yo recorrí el trecho que me separaba de la mesa. Luego volé por encima de ella, cayendo sobre Fess Bryon en el momento que exhibía una pistola automática.

Logré atenzarle la muñeca armada cuando ya iba a disparar. El estampido sonó fuertemente, mientras rodábamos por el suelo muy unidos, y no sé dónde diablos pegó la bala. Fess ya había perdido entonces su baza, pues su potencia física no se podía comparar a la mía. A pesar de todo, intentó que el arma me apuntara, pero yo fui mucho más rápido y fuerte, y le giré la muñeca.

El disparo le cegó, salpicándome parte de su destrozado rostro. Luego quedó tremendamente flácido. Lo solté y me puse en pie lentamente.

Lorna ya se había recuperado. Echó una despectiva mirada al cadáver y más tarde se ocupó de mí, limpiándome el rostro de sangre y otras partículas viscosas.

—Gracias, querido —dijo.

—Pensé que no ibas a necesitar ayuda.

—Era un cerdo de la peor especie. Si yo te contara... Ha tenido una muerte muy rápida y dulce.

Me aproximé al cajón que había abierto Fess Bryon y vi una buena cantidad de dinero.

—Eso debe ser el fruto del expolio de todas nosotras —comentó Lorna.

—Nos vendrá bien —lo tomé sin remilgos—. Y la pistola también.

—Vámonos. Tal vez hayan oído los tiros.

Ni enterarse. Salimos del local sin que nadie nos molestara, todos, clientes y empleados, envueltos por el ruido de las conversaciones y la música de la máquina automática que había en un rincón. Ni siquiera la tal Deborah, entretenida con un viejo marinero, se fijó en nosotros.

—¿Te has dado cuenta que hemos empezado a tutearnos? — comenté mientras caminábamos por la calle.

Ella me miró fijamente.

—Lo sé.

—Hum. Me da la impresión de que tú eres peor que una tigresa.

—De eso puedes estar seguro —me echó un brazo por la cintura, pegándose a mí y alzando la barbilla para ofrecirme sus labios.

Continuamos caminando con nuestras bocas unidas, sin preocuparnos de la gente que se cruzaba con nosotros.

—¿Sabes dónde está el antro de Luke? —le pregunté cuando nos separamos.

—Dos calles más arriba.

—¿Y no conoces a ese Randall, tú que te has desenvuelto por esta barriada?

—No, creo que no, aunque tal vez en alguna ocasión lo haya visto de pasada sin saber quién era en verdad. Pero no es de extrañar. Jamás me dio por las drogas, ni las duras ni las blandas. Tengo suficiente con mis cinco sentidos.

Ella tiró de mí hacia un portal.

—¡Eh! —protesté.

—Adentro.

—No será éste el antro de Luke, ¿verdad? —pregunté, mientras subíamos las destartaladas escaleras. Parecían ir a derrumbarse de un momento a otro.

—Aquí vivo yo, querido.

—Ajá.

Como había trasladado todas sus cosas de sus ropas a las que yo le había comprado, sacó una llave y abrió el apartamento rotulado 4 B.

—Quiero cambiarme —dijo—. Esta vestimenta no me va.

Así hablando, comenzó rápidamente a quitarse la ropa y cuando fui a sorprenderme, ella estaba desnuda, brazos en jarras frente a mí.

—¿Qué tal? —preguntó sonriendo pícaramente.

—Para quitar el resuello.

—¿No te excito, como allá en Florida City?

Caí sobre ella y comencé a besarla con voracidad, arrancándole profundos gritos de placer. Poco después ambos rodábamos por la cama, entregados a la pasión.

—Aún no me has dicho por qué fuiste a la cárcel —habló ella,

durante el reposo.

—Por ladrón.

—Ya he comprobado que tienes las manos muy largas —rió cantarínamente—. ¿Y de qué conocías a esa amiga que resultó muerta?

—Era compañera, junto con uno llamado Elmer Foster. Los tres formábamos un buen equipo.

—¿Y sólo tú fuiste a la prisión?

—Sí. Tuve mala suerte.

A continuación le conté brevemente mi historia. Cuando finalicé, ella se movió felizmente por encima de mí, encargándose de que mi virilidad fuera otra vez la de antes.

—¿Tú eres de aquí, de Florida? —pregunté, mientras sentía sus expertas caricias.

—No. De Tennessee. Vine acá con un tipo que me prometió el oro y el moro. Por entonces sólo tenía dieciocho años y ya se sabe que a esa edad las mujeres somos muy románticas. El tipo me tomó el pelo de mala manera, y yo me quedé sola y con la lección bien aprendida. Como no era cuestión de regresar a mi casa y reconocer que me había equivocado, decidí arreglármelas como pudiera. ¡Y aquí estoy! —exclamó alegremente, dejándose caer de pronto.

Noté cómo me incrustaba totalmente en ella. Lorna dejó escapar un largo gemido y luego se desmelenó encima de mí como una loca amazona.

Cuando por fin conseguimos extinguir el volcán que cada uno llevaba dentro, asombrosamente la tarde declinaba ya. Ni nos habíamos dado cuenta que llevábamos allí juntos más de seis horas.

Nos duchamos juntos, entre juegos y risas, y luego comimos algo. Más tarde, totalmente satisfechos, volvimos a la calle dispuestos a continuar la investigación y averiguar qué había detrás de todo el embrollo que nos había tocado vivir por culpa de unos extraños maletines.

El antro de Luke poco tenía que envidiar al local que regentaba Fess Bryon. La única diferencia estribaba en que éste era más grande, con mayor número de clientela. El ambiente, por supuesto, era prácticamente irrespirable.

—¿Está Sharon? —le preguntó Lorna a una de las chicas de la barra.

La tía le soltó una bocanada de humo en el rostro.

—No, monina —le respondió—. Pero andas equivocada. A la

que no le van las mujeres es a Louise.

—¿Y Randall? —le pregunté yo.

—A ése tampoco le van los tíos.

—Déjate de historias, y contesta.

—¡Iros al cuerno! —se levantó furiosa del taburete, alejándose —. ¡No sabéis hacer más que preguntas!

Aproveché el asiento vacío y me encaré al tipo patilargo que atendía la barra.

—Busco a Randall —le dije.

El tipo me escrutó con su mirada de buitre.

—No le conozco.

—No me vengas con estúpidos rollos —le repliqué duramente—, Sé que su amiguita Sharon no está aquí, y deseo localizarlo... Tengo un buen negocio que proponerle. Si luego se entera que le he fallado por tu culpa, te la cargarás.

—¡Hummm...!

—Ahí van cinco pavos para tranquilizar tu conciencia —le di un billete de Fess Bryon.

Lo atrapó y se decidió a hablar:

—Estuvo aquí hace un momento, preguntando por Sharon. Le dije que se había ido con un cliente.

—¿Y qué hizo?

—Pidió una copa para entretener el tiempo, pero en seguida aparecieron unos jóvenes bastante necesitados..., ya me entiende.

—Ujú.

—Se fueron a cerrar el trato al callejón de atrás. Todavía deben estar allí. Si no quiere esperarle aquí vaya por esa puerta —me la señaló con un dedo.

—Gracias, hermano.

Salté del taburete y le hice un gesto a Lorna para que me siguiera. Nos colamos por la puerta, atravesando un corredor al que daban distintas dependencias que servían de almacén. Al final había un agujero que daba a un callejón mal iluminado, al que se llegaba tras descender tres peldaños.

—Hasta la próxima, muchachos — dijo el hombre a los dos jovencitos melenudos y de aspecto desastrado que se encontraban con él.

—Nos alegra haberle conocido — dijo uno de ellos.

—¡Volveremos a entrar en contacto! —se despidió el otro, alejándose ambos por el callejón.

El hombre alto y desgarbado dio media vuelta para dirigirse hacia donde nos encontrábamos nosotros. Nuestras sombras le hicieron levantar la mirada.

—Hola, amigo Philip —saludé yo.

CAPITULO VI

El sujeto se quedó un instante totalmente paralizado por la sorpresa, para reaccionar al momento siguiente echando mano del interior de su chaqueta.

—¡Tú...!

Yo exhibía ya la pistola de Fess Bryon.

—¡Baja esa mano o te descerrajo un tiro! —le amenacé duramente.

Randall obedeció, sus facciones crispadas por la rabia que le invadía.

—Creo que éste es un bonito lugar para que charlemos tranquilamente, como dos buenos amigos —comenté, aproximándome a él para desarmarle.

—¿De qué?

—Del asesinato de Liz, del maletín, del lío en que me he visto envuelto...

—¿Asesinato? —parpadeó, asombrado.

—Eso he dicho.

—¡Estás loco! ¡Yo no la he matado!

—No, ¿eh?

—¡Claro que no! ¡No sé nada!

Me pareció sincero. Alargué la mano libre y extraje su arma sin que opusiera resistencia.

—¿Y del maletín qué me cuentas?

—No sé nada. ¿Qué pasó?

—¡Maldito! —me enfurecí por su cinismo, atizándole en el rostro un culatazo.

Fue un error, porque el tipo aprovechó ese movimiento mío para iniciar una lucha cuerpo a cuerpo, tras lograr atenuar mi mano armada. Nos debatimos fieramente, con los dientes apretados, casi sudando... Lorna permanecía a la expectativa, sin saber qué hacer.

De pronto el callejón se llenó de pasos apresurados. Tres hombres hicieron acto de presencia.

—¡Quietos!

Randall y yo nos separamos, la pistola ya caída en el suelo.

Todos levantamos las manos al observar que los recién aparecidos empuñaban armas.

—¿Quiénes son ustedes? —pregunté.

—Brigada de Narcóticos. Capitán McCoy. Les detengo por tráfico ilegal.

—¿Qué tráfico? —me hice el ingenuo.

—Acabamos de pescar a un par de jovencitos. Ese tipo les vendió unos sobres de heroína...

—Bueno, tal vez sea así. Pero ella y yo...

—¡Déjese de historias! ¡Les hemos reconocido!

—¿Qué quiere decir?

—Ustedes se vieron la otra noche en el desembarcadero de Tahití Beach. Nosotros éramos precisamente los que fuimos a detenerles. Creímos que habían muerto con la explosión de la lancha, ya vemos que han resucitado.

—Están equivocados —forcé una sonrisa—. Sólo estamos tratando de resolver un asunto personal con el amigo Randall. Nos debe unos dólares, ¿sabe?

—Muy bien. Ya solucionarían ese problema en chirona.

Mientras hablábamos uno de los hombres del capitán me registró, encontrándome la pistola de Randall. El otro se encargó de Lorna y Randall. Precisamente cuando llegó a este último, el fulano aprovechó que los otros estaban distraídos conmigo para darle un empujón al policía e intentar la huida por el oscuro callejón.

No le salió bien al desgraciado. El policía que le registraba no estaba tan descuidado; trastabilló, pero mantuvo la mano armada firme. Dos disparos que retumbaron como truenos para mostrarnos un rostro de total sorpresa y se vino hacia delante de bruces.

—¡Peters! —ladró el capitán.

—Lo siento, jefe —se excusó el que había disparado—, pero ya vio. Quiso escapar...

El otro se aproximó a Randall, le observó y anunció:

—Está muerto.

CAPITULO VII

El capitán McCoy era un hombre de unos cuarenta y cinco años, de fuerte complexión, con unas pobladas cejas que casi ocultaban unos ojos pequeños y oscuros, una nariz como una alcachofa y una boca de labios gruesos.

—Así que lograron escapar de la explosión, ¿eh? —dijo una vez más, mirándonos profundamente, sin dejar de jugar con los papeles que tenía sobre la mesa y que un agente acababa de traerle—. Tuvieron mucha suerte; sí, señor.

Nos encontrábamos en su despacho, amplio y refrigerado, cómodamente sentados en unas excelentes butacas. La única molestia eran las esposas que unían nuestras muñecas.

—Bien, bien —siguió diciendo, ante nuestro silencio—. Aquí tengo sus fichas. No ha sido difícil obtenerlas. Buenos elementos... Usted, Matt Connors, un ladrón de joyas recientemente salido de la prisión. Usted, Lorna Andrews, prostituta, que ha tenido sus más y sus menos con nuestros colegas de la Brigada del Vicio. Con esto y lo que se ha elaborado ahora sobre ustedes, no será muy difícil apartarles de la vida social durante una temporada.

—¿Qué es lo que tiene contra nosotros? —pregunté.

—Muchas cosas.

—¿Como qué?

—Tráfico de drogas.

—¿Sí? ¿Dónde está la prueba?

—La otra noche ustedes estaban citados para realizar un trueque.

—¿De dónde ha sacado eso? —sonreí.

—Nuestros soplones tuvieron el oído fino y supieron del asunto. Hicimos un despliegue en el embarcadero de Tahití Beach para detenerlos, cogiéndolos con las manos en la masa. La precipitación de Peters originó su atrevida huida. Luego, la lancha voló por los aires y creímos que ustedes habían perecido despedazados por la explosión.

—Eso no prueba nada.

—Sí prueba —insistió.

—Y aunque nos hubieran cogido, nada habrían conseguido..., salvo una muerte segura. Los maletines que transportábamos sólo contenían explosivos.

—Lo sé.

—¿Entonces...?

—Eso prueba que ustedes colaboraron con los traficantes de drogas.

—¿Por qué?

—Porque ahora sabemos que el trueque se realizó en otro sitio.

—¿Cómo?

—Sabemos que el comprador consiguió lo que quería.

—No le entiendo.

—Pero ¿es que aún no se han dado cuenta? Ustedes fueron contratados para crear una especie de cortina de humo, con el fin de despistarnos, entretenernos y confiarnos. Mientras, en otro lugar, tranquilamente, se llevaba a efecto el negocio...

—Entonces usted mismo reconoce que fuimos engañados.

—Bueno, sí, pero no sería ésa la versión. Diremos que ustedes estaban en complot.

—Nuestros abogados...

—Hasta que esto se aclarara ustedes pasarían un mal trago —me interrumpió—, Y de todas formas, no escaparían de nuestras garras.

—¿Ah, no?

—Tengo otras cosas con las que seguir hostigándoles —revolvió los papeles de su mesa—. Informes que me han llegado esta misma mañana...

—¿A qué se refiere?

—Por ejemplo usted, Connors. Los de la Brigada de Homicidios están encargados de un caso muy reciente, la muerte de una chica de The Paradise. La chica en cuestión se llamaba Elizabeth Asher. ¿La conocía?

Palidecí, pero no dije nada.

—A la pobre la estrangularon en su apartamento —siguió diciendo el capitán McCoy—. Y da la casualidad que últimamente la vieron en compañía de un sujeto cuya descripción coincide exactamente con la suya. Le vieron la otra noche junto a ella en The Paradise, hay varias compañeras de la muerta dispuestas a atestiguar en su contra. Por otro lado tenemos a los camareros de un restaurante cercano a la vivienda de la joven, en donde ella era cliente habitual, que también le vieron con ella almorzando. ¿Qué

le parece, Connors?

—Yo no la he matado — dije, arrastrando las palabras.

—Sí, sí, amigo mío, pero tal como están las cosas su papeleta...

—Maldita sea, ella era una amiga de muchos años atrás. Nunca le hubiera hecho nada. Vine a buscarla precisamente para empezar de nuevo juntos...

—Ajá. Y su primer trabajito fue hacer de palomo, ¿eh?

No respondí.

—Eso demuestra que ella no le tenía mucho cariño. De ahí deducir que usted, en venganza...

—¡No! —salté de la butaca.

La puerta del despacho se abrió de golpe y aparecieron un par de agentes con las armas en la mano.

—No pasa nada, muchachos —dijo con una sonrisa el capitán—. Retiraos. Y usted, Connors, siéntese.

Todos obedecemos.

El capitán McCoy desvió sus ojillos hacia la silenciosa Lorna Andrews.

—Sobre usted también tengo cosas..., casualmente también relacionadas con la Brigada de Homicidios. Usted era pupila de Fess Bryon, un chulo, el cual ha aparecido muerto en el despacho del local que regentaba. Al parecer, una de las últimas visitas que recibió fue la suya..., acompañada precisamente de Matt Connors. Y qué casualidad, la bala que le mató pertenece a la pistola que usted llevaba, Connors —levantó un papel—. Aquí tengo el informe de Balística. De esto se puede deducir fácilmente que ambos intervinieron en la muerte de Fess Bryon. ¿Tal vez fue el que le tomó el pelo a usted, Lorna Andrews?

Ella se abstuvo de contestar.

—Bien —exclamó el capitán—. Permanezcan callados. Allá ustedes. Con todo este amplio *dossier* considero que están atrapados, bien atrapados. Si mis colegas de la Brigada de Homicidios, que los andan buscando, supieran que los tienen a cuatro pasos...

Lorna y yo intercambiamos una mirada. Era justo reconocer que lo teníamos todo en contra.

—No sé por qué mantienen ese tozudo silencio —habló de nuevo el capitán McCoy—. Está claro que les tomaron el pelo, y a punto estuvieron de matarles. Posiblemente ustedes se han tomado la justicia por su mano, matando a quienes les gastaron tan sucia jugada, y yo no me voy a poner a llorar por las muertes de esa tal

Elizabeth Asher y el tal Fess Bryon, al fin y al cabo eran escoria..., pero lo que sí quiero, por encima de todo, es acabar con la organización que domina el tráfico de droga en este estado y que ha comenzado a entender sus tentáculos por el país.

Dejó correr otros cuantos segundos de silencio, que aproveché para mirarle fijamente y al final le pregunté:

—¿Qué pretende exactamente de nosotros, capitán McCoy?

—Colaboración.

—Ya. ¿A cambio de qué?

—Olvidar estos papeles.

—¿Les va a hacer esa fea jugada a sus compañeros de Homicidios?

—Yo voy a lo mío. Y lo mío consiste en desarticular esa maldita organización.

—¿Y cómo quiere que colaboremos con usted?

—Primero diciéndome qué pintaba en todo esto Randall.

—Bueno, eso es muy sencillo. Si sólo se trata de eso...

—Para empezar —puntualizó con una sonrisita el capitán.

—Al parecer, Randall fue quien tuvo contactos con Fess Bryon y Elizabeth Asher para encontrar los palomos. Fess Bryon le proporcionó a Lorna, una chica con la que últimamente tenía problemas..., y Liz a mí, aunque sigo sin saber muy bien por qué Liz quiso desembarazarse de mí.

—¿No la mató usted?

—¡Por supuesto que no! Fui a verla, pero ya estaba muerta.

—Perfecto. Todo eso concuerda. Habíamos descubierto que Randall pertenecía a la organización, era uno de sus distribuidores..., y precisamente anoche íbamos a detenerle.

—Llegaron muy oportunos.

—Una lástima que muriera. Podíamos haber sabido cosas interesantes.

—Con ustedes no creo que hubiera hablado. Esa gente se sabe protegida por sus jefes y abogados...

—En eso tiene algo de razón.

—Bien —exclamé—. Ya le hemos dicho todo lo que sabemos, hemos colaborado como usted quería.

—Pero no es todo lo que yo he pensado para ustedes.

—Capitán...

—Recuerde que los papeles siguen sobre la mesa.

—¿Sabe lo que le digo, capitán? —habló por vez primera Lorna

—. Es usted peor que una puta.

—Verán... —pasó por alto el insulto el hombre de la Narcotic Squad—. Primero les pondré al corriente detalladamente. Sabemos que de un tiempo a esta parte están llegando cantidades ingentes de opio bruto de Sudamérica, de las más importantes plantaciones. De vez en cuando realizamos con éxito alguna captura, pero somos conscientes de que la mayor parte de los alijos pasa nuestras vigilancias. Por otro lado, también sabemos que desde aquí, Florida, se están vendiendo grandes cantidades de heroína de excelente calidad, muy solicitada en el «mercado». Al parecer hay un laboratorio clandestino donde se elabora a partir de ese opio bruto del que antes hablaba. Hasta ahora también hemos realizado alguna que otra intervención, evitando transacciones, pero todas de tono menor y sin ningún resultado positivo, es decir, sin llegar a la cabeza rectora. Esto es muy difícil. Hay mucho intermediario, y como ya decía usted antes, Connors, la mayoría prefiere una buena red de vigilantes y soplones y les estamos apretando el cerco, pero ellos también contraatacan. Ahí tenemos, por ejemplo, el caso de ustedes. Teníamos noticias de que había llegado gente de otros estados dispuesta a cerrar un gran negocio, ellos a su vez también debieron enterarse de que nosotros lo sabíamos y fueron más listos, montando esa especie de cortina de humo a costa de ustedes. Picamos.

El capitán McCoy hizo una pausa, apretando los labios con rabia.

—¿Y cuál es su proyecto actual? —pregunté.

—Por lo que he podido hilvanar parece claro que quienes les contrataron querían desembarazarse de ustedes por asuntos personales. Ellos están muertos, no pueden reconocerles y hablar. Los otros, los que me interesan, los peces gordos, no deben saber nada de ustedes. Por tanto, podrían intentar la infiltración.

La frase final la dijo muy lentamente, para que comprendiéramos todo su significado, y se nos quedó mirando con una media sonrisa en los labios.

—¿Colaborar con ustedes? —bramó Lorna—. ¡Antes me dejo joder por un caballo!

—La mayoría de nuestros hombres son conocidos —nuevamente pasó por alto las palabras de la joven—, y los otros digamos que huelen. Ustedes, en cambio, están libres de toda sospecha. Si les estudian el currículum sólo encontrarán a un ladrón ex presidiario y

a una prostituta de lengua soez —le dirigió una despectiva mirada a Lorna—. Creo que ustedes pueden llegar al fondo del asunto.

—¿Cómo? —pregunté.

—Ya se lo he dicho antes: intentando infiltrarse. Muévanse en los bajos fondos, busquen contactos, traten de llegar a la organización... Muéstrense interesados por el negocio de la droga, bien como consumidores, bien como traficantes que desean iniciarse en el negocio...

—¡No le escuchemos más, Matt! —exclamó Lorna—. ¡Volvamos a las celdas! ¡Allí no se está del todo mal y huele mucho mejor que aquí!

—Eso es porque sólo ha pasado encerrada una noche, amiga mía —dijo suavemente el capitán McCoy—. Usted no sabe lo que es permanecer cinco años en chirona. El sí se lo puede explicar...

Lorna me miró con el gesto torcido. Yo me humedecí los labios con la lengua, dubitativo. El capitán sabía jugar muy bien con la psicología de las personas. Por mi mente ya pasaban en rápida sucesión los cinco años de presidio. Me había jurado no volver allí...

Lancé un prolongado suspiro y luego pregunté:

—¿Qué ganaremos?

—Si todo sale bien, le daré carpetazo a este dossier —señaló el capitán McCoy nuestros expedientes—. Es un buen trato, ¿verdad?

—¡Hummm...!

—Tiene mi palabra.

—¡Puaf! —escupió al suelo Lorna.

—Por otro lado —continuó imperturbable el hombre de la Brigada de Narcóticos—, siempre estaremos atentos a sus pasos, por si corrieran peligro. Lon Peters, uno de mis hombres de confianza, servirá de enlace entre ustedes y nosotros.

Se hizo un denso silencio de espera.

—Acepto —dije al fin.

CAPITULO VIII

—¿Por qué has aceptado? —casi chilló Lorna cuando abandonamos el Police Departament.

—¿Qué querías? ¿Pasarnos en chirona una larga temporada, anquilosándonos?

—Pero ahora estamos en sus garras.

—Relativamente.

—¿Qué quieres decir?

—Ahora estamos libres, y eso es lo más importante. Podemos seguir investigando. Quiero averiguar quién mató a Liz y por qué, quiero saber también quién ideó esta pantomima que a punto estuvo de costarnos la vida. Luego, escaparemos, burlando a esos de la Narcotic Squad.

—¡Hum! Ya veremos.

—Confía en mí. No creas que pienso ayudarles. Soy tan alérgico como tú a ellos.

—¿Y qué vamos a hacer?

—No hará falta buscar contactos, por el momento. Tenemos una pista a la que agarrarnos.

—¿Cuál?

—Sharon, la amiguita de Randall. Ellos no la han nombrado, de lo que deduzco que no deben tener conocimiento de su existencia. Tal vez ella sepa algo.

Sharon era una escultural morena que no parecía muy afectada por lo sucedido a su amiguito. La encontramos en su apartamento, pues por el bar no aparecía hasta la tarde. Un conocido de ella nos facilitó su dirección.

Tenía cara somnolienta e iba envuelta en un batín. La debíamos haber sacado de la cama.

—Si son de la bofia, ya lo he dicho todo —nos fue a cerrar la puerta en las narices.

—Somos todo lo contrario —puse un pie para evitar que se saliera con la suya.

—Pasad.

Entramos, y ella encendió un cigarrillo. Nosotros llevábamos ya

un plan elaborado. Lorna fue quien tomó rápidamente la palabra.

—Yo trabajo como tú, en el Dixie's. Este es un buen amigo mío. Acaba de salir de la cárcel y viene en representación de unos amigos suyos de Georgia que tienen pasta larga y quieren introducirse en el negocio de la droga, para lo cual ya tienen montada una buena red de distribución, dispuesta a funcionar a pleno rendimiento. Ahora sólo falta aprovisionarse.

Lorna hizo una pausa para que la otra asimilara todo lo escuchado. Sharon se había sentado frente a nosotros, una pierna cabalgando sobre la otra; nos miraba a través de la nube de humo creada entre nosotros.

—El —me señaló Lorna, unos segundos después— ha recurrido a mí. Yo recurrí entonces a mi jefe, Fess Bryon. Este me habló de Randall. Me dijo que él podría ayudarle. Ahora nos hemos enterado de la desgracia. Randall murió ayer a manos de la bofia.

—¡Esos cerdos...! —barbotó Sharon, pareciendo salir de la modorra que la envolvía.

—Lo sentimos —dijo apesadumbrada Lorna—. Pero lo que importa ahora es el negocio. Nos dijeron que tú eras buena amiga de él.

—Sí.

—Hemos pensado que tú podías ponernos en contacto con las personas que nos interesan.

—Ya. ¿Y cómo sé que no me estáis mintiendo?

—Puedes comprobarlo. Ahí veo un teléfono. Me llamo Lorna Andrews. Tengo buena fama en el barrio. Pregúntale a algún chulo conocido, muchos querrían que perteneciera a su cuadra, hasta ahora trabajaba con Fess Bryon.

—Veamos.

Se puso en pie y se dirigió hacia la mesita donde descansaba el teléfono. Primero apagó el cigarrillo en el cenicero de cristal que había al lado, y luego descolgó. Marcó un número sin perdernos de vista.

—¿Buck? Soy Sharon...

A continuación tuvo una breve charla con el fulano, durante la cual le facilitó una descripción de Lorna. Cuando colgó, parecía satisfecha.

—Es cierto. Tienes buena fama. Al parecer ha muerto tu jefe, ¿eh?

—Sí.

—Buck Carson me ha dado el encargo de que te diga que cuenta contigo, que puedes pasarte por su garito cuando quieras, que te hará una buena proposición...

—Lo tendré en cuenta. Pero ahora me interesa lo otro, lo de mi amigo de Georgia. Tiene prisa. Ha de volver a Atlanta mañana.

—Bueno —tomó de nuevo asiento frente a nosotros—. La verdad es que no sé mucho. Randall era el distribuidor para este barrio. Por encima de él había otra persona al menos, a quien debía dar cuenta de su trabajo.

—¿Quién?

—No lo sé con seguridad. Solía reunirse en The Paradise. Creo que era el dueño del local, un tal Gary Barker.

No le sacamos más y nos tuvimos que dar por satisfechos, algo era algo. Tras darle las gracias y lamentar una vez más la muerte de Randall a manos de los cerdos policías, abandonamos su apartamento.

—Creo que estamos sobre la buena pista —comenté cuando pisamos la calle.

—¿Por qué?

—Todo empieza a tener conexión. Liz trabajaba para Gary Barker. Randall, al parecer, también. Liz y Randall se conocían. Fess y Randall también. Randall es la persona que los une a todos.

—Sí. Tiene razón.

—Tendremos que seguir con el mismo cuento. Tal vez ese Barker no sea el jefe.

El local no presentaba mucha animación, acababan de abrir. Llegamos a él después de haber almorzado en un restaurante gracias al dinero que nos había dejado en los bolsillos el capitán McCoy. Lo único que lamentaba era que no me hubiera dejado también la pistola. En varias ocasiones miramos hacia atrás y a nuestro alrededor, pero nunca vimos a Lon Peters. O lo hacía muy bien, o lo habíamos perdido. Un empleado nos indicó el camino de la gerencia.

Allí encontramos a un sujeto de baja estatura, rechoncho y carirredondo, de ojos porcinos y que no tendría más allá de los treinta años. Vestía y se movía como un marica, no lo podía disimular.

—¿Qué hay, amigos? —nos preguntó suavemente, la vista fija en mí, como si me estuviera tomando las medidas para hacerme un traje.

—¿Es usted Gary Barker? —pregunté a mi vez.

—No, amigo.

—Pues quisiéramos hablar con él.

—Lo siento. No está.

—¿Dónde podemos encontrarle?

—Lleva hechas muchas preguntas... y aún no me ha dicho quiénes son ustedes —alzó la barbilla, tal vez porque así pensaba que se imponía más.

—Sí, tiene razón. Perdone mi torpeza —sonreí amigablemente—. Me llamo Matt Connors. Ella es Lorna Andrews. Tengo un buen negocio que proponerle a Barker.

—Pues lo lamento. El señor Barker está fuera.

—¿Y usted quién es?

—El que le suple en la gerencia.

—¿El señor Barker no es el dueño?

—No. Sólo el gerente.

—¿Quién es el dueño?

—Esto pertenece a una sociedad, propietaria de otros locales como éste.

—Ah, ya. No me dijo su nombre...

—Parks. Joe Parks —me alargó la mano, yo le imité y él me la estrechó con mucha efusión—. Si quieren exponerme a mí su asunto...

—¡Hum! No sé...

—¿Por qué?

—Es algo delicado.

—Yo gozo de toda la confianza del señor Barker.

—Si es así... —miré a Lorna, como esperando un consentimiento por su parte.

—El señor Parks sabrá seguro de qué va —dijo ella, sonriendo.

—Muy bien —exclamé, tabaleando con los dedos sobre la mesa de nogal—. Se trata de droga.

—¿Cómo? ¿Qué? —saltó el tal Parks.

—Droga —se lo deletreé.

—No sé de qué me habla. Este es un club decente. El señor Barker no...

Decidí entrar en acción para comprobar si mentía o no.

—Escúcheme, mequetrefe —le agarré por las solapas, elevándolo un palmo del suelo—. No he hecho un viaje desde Atlanta, Georgia, para que me salga usted con esa estúpida historia. Tengo una red de

distribución en Georgia lista para entrar en funcionamiento. Según mis contactos, aquí producen la mejor heroína y quiero abastecerme. Por eso he recurrido a esta amiga mía que trabaja como ramera en los bajos fondos de la ciudad. Gracias a ella he dado con ustedes... y espero que lleguemos a un acuerdo. Estoy dispuesto a invertir, para empezar, sólo para empezar, un cuarto de millón de dólares.

—¡Di... diablo! —exclamó sorprendido.

—¿Vamos a podernos entender como los hombres?

—Sí, sí...

Le solté. Y lo primero que hizo fue arreglarse la ropa. Luego me miró con algo de temor.

—Tendré... tendré que hacer una llamada.

—Hágala.

—Con permiso.

—No me muevo de aquí. No quiero trucos.

—E... está bien.

El marica descolgó el auricular y marcó un número con dedo tembloroso.

—Soy Parks —dijo cuando le contestaron al otro lado del hilo telefónico—. Quiero hablar con el jefe.

Hubo un silencio de medio minuto. Durante ese tiempo el tal Joe Parks me dirigió una forzada sonrisa, mientras Lorna y yo esperábamos impacientes. Nos estábamos aproximando demasiado de prisa, y eso me producía algo de vértigo.

—¿Jefe? Soy Parks.

—Aquí tengo un tipo que dice venir de Atlanta, Georgia, donde asegura tener una red de distribución de mercancía. Al parecer quiere comprar y desea que le abastezcamos nosotros. Está dispuesto a invertir un cuarto de millón.

El marica levantó la vista del micro y nos miró escrutadoramente.

—Sí, señor.

—Muy bien. Ahí estaremos para hablar del asunto. Hasta ahora mismo.

Colgó.

—Bien —exclamó seguidamente, dando una palmada de satisfacción—. Todo arreglado. Tendrá esa entrevista, Connors.

—¿Cuándo?

—Ya lo oyó. Ahora mismo.

El tipo se dio unos cuantos toques en su vestimenta y luego nos invitó a salir. Dio unas instrucciones a un empleado y a continuación le seguimos hasta el aparcamiento privado del club.

Nos montamos en un «Buick» último modelo, Lorna en el asiento posterior, y yo al lado de él. Nada más rodamos por la ciudad miré disimuladamente atrás. Si todo marchaba bien, Lon Peters debía ir en retaguardia.

Joe Parks enfiló rumbo hacia las afueras de la ciudad, tomando la dirección de Coral Gables. Más tarde salíamos de la carretera estatal y tomábamos una vecinal, adentráidos por un terreno solitario y pelado, muy polvoriento.

—¿Adonde vamos?

—El jefe es muy precavido. Le gustan las citas en lugares donde no haya ojos indiscretos. Ha de mantener su imagen.

—Ya.

Pronto distinguimos un «Ford Galaxie» color plateado detenido junto a unas enormes acacias. Joe Parks aminoró la marcha y finalmente se detuvo detrás de ese auto. Justo en ese instante dos hombres descendieron del «Ford» y se acercaron a nosotros con las pistolas empuñadas. Eran los típicos matones, de rostro pétreo y ojos fríos, con la mano firme.

Primero pensé que serían los guardaespaldas del jefe y que venían a recogernos y comprobar que no llevábamos armamento encima.

Un error.

El marica giró el rostro hacia mi y dijo sonriendo malignamente:

—Se acabó el viaje, amiguito. Este es el final.

Comprendí cuando cada matón se aproximó a una ventanilla y nos enseñó su pistola. Lorna y yo quedamos en sus manos, más indefensos que unos polluelos. Maldije al capitán McCoy por no aceptar que llevara arma alguna.

—¿Por qué esto? —pregunté con gesto ofendido, queriéndome mantener en mi papel.

—No hemos picado el anzuelo —me explicó el marica—, no somos tan idiotas. El jefe os conoce. El me dio unas descripciones que coincidían exactamente con las vuestras. Entonces me dio instrucciones, avisándome que sois peligrosos y debéis ser eliminados. Me ordenó que viniera acá, donde un par de sus muchachos os darían una sorpresa. ¡Vamos, tú, ramera, golfa devoradora de hombres, baja! —chilló rabioso—. ¡Y tú, espera! —

me colocó una mano en el hombro.

Vi cómo Lorna Andrews descendía del auto, tras serle abierta la puerta por el matón de su lado. El otro continuaba enseñándome el cañón de su pistola por el hueco de la ventanilla. No había escape.

Y el marica estaba enfurecido.

—¡Este cerdo me llamó mequetrefe! —barbotó, como si tuviera que darle explicaciones al matón de rostro impasible—. ¡Y antes de que se vaya al otro mundo le voy a hacer tragar las palabras!

La manicurada y fofa mano me subió por el cuello con la viscosidad de una serpiente. En vez del cascabel, escuchaba el jadeo ansioso del tipejo. De pronto, estalló en risas, mientras sus uñas me rasgaban implacablemente el rostro. Noté un vivísimo escozor, intenté removerme, eludirlo, pero el cañón de la pistola se apretó a mi nuca fuertemente, poniendo allí una fría advertencia.

El marica continuó riendo, divertido, mientras yo sentía cómo la sangre corría por mi mejilla izquierda y goteaba a la chaqueta. El dolor lo aguanté a duras penas, haciendo rechinar los dientes.

—Esto sólo es el principio, querido —me dijo,- colocándome ahora la mano en la entrepierna.

No estaba dispuesto a que aquel asqueroso marica malnacido me manoseara a su antojo, al fin y al cabo iba a morir, no tenía esperanza, ¿para qué darle gusto? Así que decidí rebelarse para adelantar los acontecimientos.

Y sonó el disparo.

* * *

Me encontré con que todavía seguía teniendo fuerzas para atrapar por el cuello al tipejo aquel y que el frío de la nuca había desaparecido. Sin soltar a la cosa despreciable, giré el rostro dolorido y me encontré con Lorna Andrews y una pistola humeante.

—¡Oh, Matt! —exclamó medio horrorizada al descubrir el lado feo de mi cara.

—Cosa del cerdo este.

—¡Maldito maricón!

—¿Qué pasó? —pregunté, intrigado.

—El fulano quiso forzarme antes de darme el pasaporte.

—Creía que estos tipos eran de los inmutables.

—Tú no conoces aún todas mis artes —me sonrió picara—. Le incité y el tipo cayó, sin saber con quién se la jugaba. Cuando lo

descubrió ya era demasiado tarde porque le había abierto la cabeza con una piedra. Está muerto. Como éste —le arreó una patada al que me vigilaba, todavía a sus pies—. ¿Y ése, qué vamos a hacer con él?

—Esperemos que quiera colaborar... por su bien —me encaré a él—. Dime, mariposa, ¿dónde está Gary Barker?

El marica se hallaba muy impresionado. Había comenzado a sudar y temblaba.

—Está... está fuera...

—Eso ya me lo dijiste antes. ¡No me engañes! —le abofeteé varias veces.

—Es la verdad. Creo... creo que viene hoy.

—¿Entonces con quién hablaste?

—Con el jefe.

—¿No es Barker?

—No. Barker es su delegado para Miami.

—Muy bien. Dime quién es y dónde puedo encontrarlo.

—No... no sé...

Le dediqué una sonrisa de lobo hambriento.

—Recuerda que ahora estás en mis manos. ¿Quieres que te desgracie?

—¡No...!

—Okey. Entonces habla.

—No sé realmente quién es el jefe. Sólo conozco su voz y su número de teléfono para casos de emergencia, cuando no está Gary Barker.

—¿No mientes?

—¡Le juro que no!

—¿Cuál es el número?

Nos lo facilitó al momento.

Como agradecimiento, le incrusté la cabeza en el parabrisas. Sonó un hermoso estrépito de cristales rotos y el marica quedó allí colgando, asomando medio cuerpo al sol del atardecer.

Quité la llave del contacto y luego bajé del coche. Me acerqué a él y le alcé la cabeza por los pelos. Tenía el rostro hecho un mapa, lleno de heriditas sangrantes. Me miró con ojos desorbitados.

—Ahora estás más guapa —le dije, y el tipejo se impresionó tanto por mi piropero que se desmayó.

Lorna y yo nos dirigimos al otro auto. Por el camino vi al matón de la cabeza reventada, tumbado grotescamente sobre la tierra, con

la bragueta desabrochada y su pene arrugado al aire. No somos nadie.

Una vez subimos al «Ford Galaxie», Lorna se empeñó en limpiarme las heridas del rostro, y luego yo me empeñé en besarla, y así pasó media hora larga.

—No parece que nos siga nadie —comentó ella— Ese tipo que puso el capitán McCoy tras nosotros debió perdernos.

—Sí. Sólo así se comprende que no interviniera.

—¿Qué vamos a hacer con ese número? —preguntó ella guardando las pistolas de los matones en la guantera del coche. Yo arranqué, alejándome del maldito lugar.

—Hay dos salidas.

—¿Cuáles?

—Intentar averiguar nosotros a quién pertenece... o facilitárselo al capitán McCoy.

—Ya. ¿Y si esperábamos al tal Barker?

—Creo que no daría resultado.

—¿Por qué?

—Supongo que le habrán avisado que ha sido descubierto. La llamada de Parks habrá sembrado la alarma en la organización. No creo que Barker vuelva a aparecer por The Paradise.

Conducía camino de Miami, pensando cuál debía ser el próximo paso.

—Lo que no entiendo es cómo ese misterioso jefe en seguida nos relacionó... —comentó Loma.

—Sí. Al parecer sabía de nosotros. Los planes del capitán no eran tan perfectos. A punto hemos estado de volver a caer otra vez en una trampa mortal.

—Parece ser nuestro sino.

—Pues ya me estoy cansando —desahugué mi rabia apretando el acelerador a fondo. El auto se embolsó por la carretera, dejando atrás a todos los que nos precedían.

—¿No pensarás colaborar con el capitán McCoy?

—No se me ocurre otra cosa, maldita sea. ¿Qué quieres, que cojamos el listín telefónico y nos pongamos a buscar el número? Nos podemos pasar así días enteros.

—Hay otra solución —sonrió ella—. Conozco a un cliente que trabaja para la ITT. El podría obtener lo que nos interesa en un santiamén.

—¿Con tus artes secretas?

—Si te parece mal...

—¿Parecerme mal? ¡Mientras hayan hombres así, otros muchos podremos continuar viviendo! ¡Adelante!

Al anoecer obtuvo el resultado definitivo. El número correspondía a un teléfono privado, de esos que ni siquiera figuran en la guía, de Palm Beach. Su propietario era nada más y nada menos que un importante industrial de los cosméticos.

John Durham.

CAPITULO IX

No fui yo quien dio la cara ante el hombre de la garita, ya que él podía reconocerme. Lorna regresó al momento junto a mi, sonriente.

—No será necesario asaltar esta finca —dijo jovialmente—. Durham no está. Se fue al bungalow de la playa.

—¿Sabes dónde está?

—No me fue difícil sonsacárselo. Se creyó que era una chica en busca de oportunidades, en el mundo de la publicidad de cosméticos.

Fuimos allí. Una zona residencial, junio al mar, apartada de las playas públicas. El bungalow de John Durham era el número treinta y tres.

No hizo falta que estudiáramos el plan a seguir, pues nada más abandonamos el coche en las cercanías, dos sombras cayeron sobre nosotros y nos amenazaron con sus pistolas. Parecían hermanos gemelos de los que habíamos dejado muertos en aquel camino vecinal de Coral Gables.

—Adelante —dijo uno de ellos, secamente.

Entramos en el bungalow. John Durham se encontraba sentado en una confortable butaca, sorbiendo un combinado como la otra vez que le viera, sólo que en esta ocasión no había piscina, ni chicas, y además ya había oscurecido.

Nos dirigió una sonriente mirada.

—Bien venidos.

—Parece que nos esperaba —observé, mientras los matones procedían a registrarnos. Nos quitaron las pistolas de sus compañeros, que de la guantera habían pasado a nuestros bolsillos al bajar del coche.

—Es usted muy perspicaz, Connors. Usted es Lorna Andrews, ¿verdad?

—Sí —asintió ella.

—Muy hermosa, ciertamente. Yo podría haberla lanzado a la fama... de ser otras las circunstancias.

—Ya quiso lanzarme... hecha pedacitos por el aire.

John Durham rió brevemente.

—No fue cosa mía.

—¿Ah, no?

—Ese asunto lo llevaba Barker, el cual a su vez se lo encargó a un tal Randall para que lo pusiera en marcha. Supongo que sería Randall quien la escogió.

—Gracias a un amigo común.

—¿Y a mí quién me escogió? —pregunté yo.

—Lo escogimos entre varios —respondió Durham—. La primera alarma la di yo, no me gustó nada su presencia en mi finca preguntando por Elizabeth Asher.

—Ya. ¿Y por eso la mató?

—¿A Liz?

—Sí. Ella trabajó para usted, incluso creo que llegó a ser su amante, ¿no?

—Oh, sí, pero eso nada tuvo que ver. Fue cosa de Barker, asunto personal.

—Estoy deseando conocer a ese Barker.

—Precisamente le estamos esperando. No tardará mucho. Tuvo que ir a Flamingo a resolver un negocio de suma importancia.

—Ya. ¿Y qué piensa hacer con nosotros?

—Una buena pregunta —sonrió, bebiendo otro sorbo de su combinado—. Siéntense, por ahora.

Obedecemos, sin que los matones nos perdieran de vista. Yo volví a las preguntas de inmediato:

—Usted es el jefe máximo, ¿no?

—En efecto —no tuvo inconveniente en reconocerlo. Estaba claro que nos daba por muertos.

—Entonces usted es el dueño de ese laboratorio clandestino que tanto busca la Narcotic Squad.

—Sí —rió—. Lo tienen delante de las narices y no lo ven.

—¿Cómo es eso?

—Es uno de los cinco laboratorios que yo poseo para la fabricación de mis cosméticos.

—Ajá. Excelente tapadera. Y un gran negocio. Al parecer, todo el mundo anda interesado por la heroína que usted fabrica en su laboratorio clandestino.

—Tengo un lema, Connors. Al consumidor hay que darle siempre lo mejor, es el negocio que más rinde a largo plazo. Últimamente se vende mucha droga adulterada, porque se quiere

sacar mayor ganancia, pero eso no hace más que crear recelos y bajas en el mercado. Han habido muchos accidentes, muchos envenenamientos por culpa de esas adulteraciones. Es una estupidez obrar así. Si los consumidores se mueren y recelan, ¿qué va a ser del negocio? No, no. Hay que tratarlos como si fueran la gallina de los huevos de oro. Así he obrado con mis productos, tanto legales como ilegales, y todo me va viento en popa, cada vez los resultados son más halagadores, tanto para mi persona como para mi bolsillo. Estoy obteniendo muchos mercados, ya no es sólo Florida y los estados de alrededor. No, señor. El otro día vendí un cargamento para Canadá. Fue cuando les utilicé a ustedes para despistar a la policía. Yo, entretanto, me embolsaba un millón de dólares tranquilamente.

Y soltó una carcajada de triunfo.

—Es usted un gran tipo —dije—. Tal como cuenta las cosas creo que se merece que quiten el monumento a Lincoln y pongan el suyo.

—Usted también es un gran tipo —me replicó—. De ser otras las circunstancias podría haber trabajo para mí. Igual que la señorita. Lástima que una pareja tan excepcional como ustedes tenga que...

No terminó la frase, dejándola en el aire. Apuró el vaso y luego eructó discretamente.

—¿Por qué no nos dice bien claro lo que piensa hacer con nosotros?

—No me gustan los temas desagradables.

—Oh.

—Piensen en que están disfrutando de los últimos instantes de su vida.

—Muy amable por concedérmolos.

—Así me entretienen mientras viene Barker. Y de paso le conocen.

—Será un honor conocer a ese hijo de perra. Le debo muchas cosas: la muerte de Liz y también la «broma» que nos gastó a Lorna y a mí con el encuentro en el embarcadero, la denuncia a la policía y los maletines explosivos.

—Es un excelente muchacho. Con gran imaginación.

—Sí. Diabólica.

—¿Usted no dice nada, señorita? —le preguntó Durham echándole una mirada a sus piernas.

Lorna le lanzó un escupitajo a la cara, que logró esquivar al

ladearla.

—Más vale que siga callada.

Unos faros iluminaron fugazmente una ventana. Uno de los matones se aproximó a ésta y corrió los visillos.

—¡Jefe! ¡Ya está ahí!

Ese fue mi momento. Salté como si me hubiera impulsarlo una catapulta sobre el otro matón, arrastrándole con violencia, una mano ya sujetándole el brazo armado, hasta que chocamos con el mueble biblioteca, y varias estatuillas y libros se removieron con el choque.

Entretanto, mientras forcejeábamos, Lorna también había actuado cogiendo un cojín y tirándoselo a la cabeza al otro matón cuando se revolvía para disparar. El tiro le salió alto. Fue a repetir la suerte, pero entonces se encontró con Lorna que le caía encima como una gata.

Yo retorcí por fin la muñeca de mi contrincante sin ninguna piedad, hasta escuchar con verdadero placer el ruido de sus huesos. El tipo se quedó blanco como la cera y entonces aproveché para estamparle un puño en el rostro. Rebotó contra el mueble una vez más y luego le golpeé en el hígado y en el estómago, en rápida sucesión. Cayó de rodillas, medio ahogado, y entonces lo rematé dándole con el canto de la mano en la nuca. Dio un extraño corveteo y se vino abajo.

John Durham, que sólo tenía a mano el vaso y no debía ser hombre de acción, había decidido abrir la puerta y salir a todo gas del bungalow.

—¡Barker!

Lorna ya casi había dado cuenta del otro matón. Lo tenía encogido, en cuclillas, desarmado y demacrado, con las manos en sus genitales. Entonces le llegó un bestial patadón a la mandíbula y se levantó casi un palmo del suelo para luego caer cuan largo era totalmente inconsciente.

—Esto sí es sudar la camiseta, ¿eh, nena? —jadeé.

Ella me dio un beso y cada uno cogió una pistola. Yo me asomé al umbral y una bala por poco se me lleva la cabeza.

—¡Hay que acabar con ellos! —oí a Durham gritar, enfurecido—. ¡Si huimos, ellos irán a la policía y estaremos perdidos!

—¡Continúen ahí! —les chillé—. ¡No tienen escape! ¡Los disparos los oirán los vecinos! ¡La policía vendrá al momento!

—¡Está equivocado! ¡Se encuentran solos! ¡Los bungalows de

alrededor están vacíos!

—Bueno, entonces las pistolas decidirán.

Cerré la puerta de un patadón y me dirigí a la otra ventana. Los dos canallas se escondían tras los coches allí aparcados, el de Barker y el de Durham, los suyos. El nuestro estaba más alejado.

El silencio envolvía trágicamente el lugar. A lo lejos veía rebrillar el mar bajo la luna. De pronto, observé como algo extraño reptaba hacia el bungalow, por el lado de mi izquierda, contrario al que se encontraban los dos canallas. Apunté con mi pistola, aguardando.

Un rayo de luna le alcanzó y entonces le reconocí. Era Lon Peters, el hombre de la Narcotic Squad. Qué oportunamente aparecía.

—¡Dispara desde esa ventana, Lorna! ¡Entretenlos! ¡Ahí viene Peters!

—¡Vaya, por fin apareció! —exclamó ella, dándole al gatillo de su pistola.

—¡Corra! —le grité al policía.

Este se puso en pie de repente y se lanzó por el hueco de la ventana en una excelente zambullida. Varias balas pasaron con él, pero sin alcanzarle milagrosamente.

—Bien venido a la fiesta —dije.

Lon Peters se levantó, resoplando.

—Hola —saludó.

—¿Cómo lo ha conseguido? —preguntó Lorna, asombrada.

—Arrastrándome como un indio.

—Entonces podemos salir. Si usted ha logrado entrar...

—No vale la pena arriesgarse. Aguantaremos aquí bien. Es cosa de minutos. Ya he avisado al jefe y vendrá en un momento. Me la he jugado para tranquilizarles.

—Bueno —me relajé—. Estemos atentos a que no escapen. —No lo harán. Ya oyó a uno de ellos antes.

—Pero si supieran que la policía viene para acá...

—¿Por qué van a saberlo?

—Pueden sospechar, tras haberle visto a usted entrar... —
¡Hummm! —musitó preocupado Peters—. Yo me ocuparé de esa ventana, señorita. Usted descanse.

Lorna se sentó en una butaca, abandonando su pistola. Yo continué junto a la ventana que antes ocupaba. Entonces me llegó la voz conminatoria de Peters:

—Suéltela usted también, Connors, o le agujereo ya.

CAPITULO X

—¿A qué viene esto, Peters? —pregunté mientras dejaba caer el arma.

—¡Es un traidor! —exclamó Lorna, sallando de su asiento y mirándole con odio.

—En efecto, nena. Eres muy avispada —dijo con una risita burlona.

—Ahora entiendo mejor algunas cosas. Usted nunca nos perdió de vista, siempre iba tras nosotros, y por eso Durham estaba al corriente y sabía de nosotros, tanto cuando le dio la orden a Parks como hace unos minutos cuando nos sorprendieron sus matones. Usted no intervino en la celada de Coral Gables pensando que nos matarían, pero en cuanto supo que habíamos escapado alertó en seguida a su jefe.

—Así es —reconoció el hombre de la Narcotic Squad—. En realidad, de he reconocer que ustedes han tenido siempre la suerte de cara.

—¿De verdad? —clavé mis ojos en su pistola.

—Oh, sí. los planes no los conocen al detalle. Barker lo ideó bien, con mi ayuda, ya que como supondrán yo les tengo al corriente de los movimientos de la Brigada de Narcóticos. Al llegar al embarcadero, yo debía dar la voz de alerta para que ustedes se asustaran y echaran a correr, y entonces habría una excusa para matarles, pues no nos interesaba que vivieran para contarlos. Una vez muertos, los maletines serían confiscados y buena parte de la Narcotic Squad saldría por los aires. Un buen golpe, ¿no les parece?

—Ajá. Pero conseguimos escapar en aquella lancha con los maletines, y éstos explotaron cuando nosotros ya nos habíamos tirado al agua.

—Cierto. Todo mal.

—Debe afinar su puntería.

—Pruebe ahora a escapar y verá.

—¿Eso le dijo a Randall?

—Vaya, no es usted tonto.

—Sólo es cuestión de sumar dos y dos. Comprendo ahora

perfectamente su comportamiento frente a Randall. Usted no podía consentir que fuera detenido y pudiera hablar, así que le debió decir que echara a correr, que se escapara... El pobre tipo se lo creyó.

—Exacto.

—Y seguro que usted, en cuanto conoció el plan de su capitán, le sugirió que sería conveniente que alguien nos vigilara... por ejemplo, usted.

—No se equivoca en nada, Connors. Celebro que pueda irse al otro mundo con todas las interrogantes resueltas.

—Sólo me falta conocer a Barker.

—En seguida. Ya basta de cháchara. ¡Señor Durham! —chilló por la ventana—. ¡Barker!

—¿Qué? —preguntó el industrial.

—¡El camino está libre! ¡Pueden venir!

Lon Peters no nos perdía de vista, la mano muy firme. Lorna me miró con apremio. Lo sabía. En cuanto los otros llegaran la cosa sería mucho más difícil, sino imposible.

—Hicimos bien este último número, ¿verdad? —habló Lon Peters, orgulloso, ante nuestro silencio—. Yo me acerqué a ellos y les sugerí el plan. Ellos dispararían en el último momento para darle más verismo. Ustedes no podían sospechar que apareciera por cuanto sabían que iba tras sus espaldas. Así se ha solucionado todo rápidamente, sin tener que estar tiroteándonos.

—Ya me extrañaba a mí que hubiera conseguido burlarlos —comentó Lorna.

Peters rió. Los pasos de los otros llegaron hasta nuestros oídos, acercándose.

En ese instante, Lorna se desmayó. Puso los ojos en blanco, dijo que se encontraba muy mal, se llevó una mano a la cabeza y cayó a plomo. Todo en dos segundos.

Suficientes. Lon Peters no esperaba encontrarse ante una situación así, tan incongruente.

Antes de que reaccionara, yo lancé mi pierna derecha a la mano armada del traidor de la Narcotic Squad, y la pistola salió por los aires. Luego me abalancé sobre él y mis puños le alcanzaron en el rostro y en el tórax, sin darle tregua. Intentó fintarme, pero no lo conseguí. Mis golpes fueron demoledores. Retrocedió trastabillando, con los labios partidos y la nariz chorreando sangre... y justo fue a parar donde Lorna había dejado su pistola.

La tomó con rabia, barboteando una obscenidad. Yo me quedé

paralizado, indefenso.

Restalló el disparo, y Lon Peters continuó camino hacia atrás, hasta tropezar con la pared. Poco a poco resbaló hacia abajo, con un boquete mortal en el pecho.

Lorna, por supuesto, no estaba desmayada, y nada más lanzarme sobre Peters, ella había gateado por el suelo para hacerse con una de las dos pistolas que allí había, la mía y la de Peters.

No hubo tiempo para agradecimientos porque en ese mismo momento la puerta del bungalow se abría y aparecía John Durham, encontrándose con la inesperada escena. Ahora empuñaba una pistola que le debía haber proporcionado Barker.

Yo ya había cogido la mía.

Hice fuego un instante antes que el gran hombre de los cosméticos y de la heroína de primera calidad. Una brecha se le abrió en la frente y se derrumbó en el mismo umbral, sin exhalar un quejido.

A continuación eché a correr hacia la salida, saltando por encima de su cadáver y sin dedicarle una palabra a Lorna. Faltaba Gary Barker, éste no había hecho acto de presencia. Posiblemente iba tras John Durham y, al escuchar los disparos, decidió retroceder.

En efecto. Aún pude ver cómo una sombra fugaz subía apresuradamente al «Pontiac» allí aparcado. El coche se puso en marcha al momento.

Salí a pecho descubierto, apretando el gatillo un par de veces. No sirvió de nada, salvo para romper una de las ventanillas. El «Pontiac» arrancó como un cohete.

Entonces corrí hacia el «Ford Galaxie» del que tenía la llave, subí a él, le di al encendido y partí tras Barker. La carretera era estrecha, solitaria y poco iluminada, bordeando la playa. Pisé el acelerador a fondo, ya que éramos los únicos conductores que íbamos por ella a aquellas horas de la noche, dispuesto a alcanzarlo rápidamente, antes de que nos introdujéramos en el tráfico rodado de la carretera principal que llevaba a Palm Beach.

Lo conseguí. Entonces todo fue adelantarle por la izquierda y colocarme a su altura. Me saludó con un disparo a través de la ventanilla, pero ya tenía la cabeza agachada, no necesitaba mirar para saber lo que tenía que hacer. De pronto, viré lodo el volante a la derecha.

El encontronazo fue brutal. El «Pontiac» salió despedido fuera de

la carretera, hacia la arena de la playa, y detrás fue el mío. Gary Barker intentó ponerlo en movimiento, pero no lo consiguió. Se bajó por la otra puerta, pues la suya estaba totalmente hundida, siempre protegido por las sombras de la noche. Hizo varios disparos contra mí, que también había descendido del auto, escondiéndome tras su morro. Durante unos instantes intercambiamos un fuego graneado. Luego escuché unos tranquilizadores «clic, clic», seguidos de una maldición. Sonreí muy satisfecho, creyéndome el dueño de la situación. Gary Barker dio media vuelta y salió disparado, huyendo. Yo le apunté pacientemente y cuando creí tener el tiro seguro, apreté el gatillo.

¡Entonces sonó otro maldito «clic»!

Arrojé la pistola rabiosamente y fui tras él. Éramos dos hombres corriendo alocadamente por la arena, con cierta dificultad, bajo la blanca luz lunar. Gary Barker buscó la orilla porque por ésta era menos pesado correr y se avanzaba más aprisa. Yo le imité, exigiéndole el máximo a mis piernas. La distancia entre ambos fue disminuyendo poco a poco. El corazón casi me estallaba dentro del pecho.

Gary Barker tuvo un tropezón y eso fue decisivo para que yo le alcanzara por fin. Caí sobre él como un tigre y ambos rodamos hacia el agua. Varias olas nos envolvieron con su espuma.

Yo estaba cegado y le golpeé con saña en el bajo vientre sin fijarme bien quién era. Luego lo tomé por los cabellos y le hundí la cabeza en el agua. De vez en cuando se la sacaba y le decía lo que pensaba de él.

—¡Basta, Matt, basta! —suplicó en una ocasión, cuando ya casi se ahogaba.

Le solté como si fuera un hierro al rojo.

Gary Barker no era otro que mi entrañable camarada de aventuras Elmer Foster.

CAPITULO XI

Elmer había cambiado el color de sus cabellos, ahora negros, pero sus facciones seguían siendo las mismas, tal vez lo encontré un poco más obeso y envejecido.

Tosió espasmódicamente, arrojando agua.

—¿Tú eres Gary Barker? —pregunté tontamente, posiblemente porque no acababa de creérmelo.

—Sí.

—Y tú estabas tras todo esto.

—Sí.

—¡Maldito canalla! Tú engañaste a Liz, dejándola sin blanca en Atlanta, y ahora la has matado, cuando debió descubrirte.

—Alto, alto —jadeó, de rodillas en el agua. Yo me encontraba de pie—. Es cierto que la engañé en Atlanta, tras tu detención. Estuve rodando por ahí, sin suerte alguna, hasta que tropecé con John Durham, el cual me ofreció un empleo. Gané rápidamente su confianza, tras cambiar un poco mi fisonomía y adoptar otro nombre, y así nadie pudiera relacionarme con mi anterior vida, tenía miedo de que tú te fueras de la lengua en algún momento de flaqueza. John Durham me ofreció el puesto de gerente del local y sobre todo ser su delegado para el sur de Florida en el negocio de la droga. Todo iba bien, y de pronto apareció Liz. Al parecer me vio en uno de mis encuentros con John Durham, cuando ella era su amante y modelo de publicidad. Averiguó sobre mí, se despidió de Durham y se vino a Miami para chantajearme. El encuentro al cabo de tanto tiempo no me fue molesto. Le di empleo, apartamento y todo lo que quiso, incluso vivimos juntos recordando tiempos pasados..., pero últimamente ya se había puesto insoportable y me estaba cansando de ella. Cuando me contó que habías aparecido por Miami, tomé miedo y como nos hacía falta un hombre de paja, te seleccioné de inmediato, valiéndome de ella y entrando en la farsa Randall, que era en quien yo había delegado para montar el numerito dedicado a la Narcotic Squad. No deseaba que me descubrieras, que me pidieras tu parte, que comenzaras como Liz. Por otro lado, ella quería continuar junto a mí, ordeñándome, y tú

le molestabas. En fin, eras molesto para los dos, las cosas habían cambiado bastante en cinco años, ya no eran como antes: Y una vez eliminado tú, ella me molestaba a mí. Quería seguir solo, libre, independiente, sin tener que compartir nada. Por eso la maté.

—¡Perro!

—No te enfades por su muerte. Al fin y al cabo ella estuvo de acuerdo con tu eliminación.

—Tienes razón. Pero tú eres... eres... —le volví a coger por los cabellos.

—¡Matt! —chilló angustiado—, ¡Reconozco mis errores! ¡He traicionado nuestro código del honor! ¡Pero creo que aún podemos llegar a un acuerdo!

—¿Cuál?

—Te puedo dar mucho dinero, Matt. Con la muerte de Durham, la organización se ha roto. Yo sé dónde está buena parte del fruto de su negocio.

—Ya.

—Te daré lo que quieras, si me dejas vivir y me olvidas. Desapareceré de nuevo.

—Elmer, ya no me puedo fiar de ti...

—¡Te juro que no te engaño! ¡Por nuestros años en Vietnam! ¡Por nuestros años de aventuras aquí!

—¡Hum...!

—En el coche llevo un maletín.

—¿Otro truco?

—¡No! Estuve en Flamingo cerrando un negocio hoy.

—Lo sé.

—Entonces sabrás que no te miento. Llevo ahí lo que me han pagado. Cien mil dólares. Te doy eso como señal.

Sonreí torvamente.

—Esa oferta es buena.

—Me alegro que te guste.

—Pero puedo tener ese dinero sin necesidad de hacerte el favor, Elmer.

El también me sonrió.

—Cierto. Pero entonces te quedarías sin la gran tajada. Más de un millón.

Silbé.

—¿Qué? —preguntó ansioso Elmer.

Con aquel dinero podía hacer muchas cosas. Uno no puede

renunciar a su destino en un momento.

—No me separaré de ti hasta tener todo ese dinero, Elmer. Tú delante.

—¡Claro que sí!

Elmer echó a andar delante de mí un poco vacilante. Cuando llegamos a su coche, abrió una portezuela y gateó por el interior sin que yo lo perdiera de vista.

—¡Aquí está! ¡Este es el adelanto!

Lanzó el maletín a la arena, extrajo una llavecita y lo abrió. Todo él estaba repleto de fajos de billetes. Mis ojos bailaron por la codicia, pensando que podía conseguir diez veces más.

—Para ti, Matt.

Y me lanzó una puñalada mortal con un estilete que no sabía de dónde diablos había sacado.

Noté la punzada en el costado izquierdo, grité y por un instante, al sentir que la cabeza me daba vueltas, temí perder los sentidos y morir.

Caí de rodillas, sin fuerzas, con las manos en el lugar herido, manando sangre abundantemente.

Elmer me miró con fiera expresión de triunfo, el estilete en su diestra, rebrillando extrañamente bajo la luz lunar las gotitas de sangre, de mi propia sangre, que lo humedecían.

—Aprendimos mucho en aquellas malditas selvas, ¿recuerdas, Matt? No hay que precipitarse, hay que saber tener paciencia, tragarse la ansiedad y los nervios, confiar al enemigo al máximo, esperar el momento preciso... Tenía este estilete desde el principio en la manga, me enseñó su manejo un tipo aquí en Florida. Y aguardé hasta tenerte completamente confiado. ¿Te duele. Matt?

—Eres... un... puerco...

—No más que tú. Pero yo he sido más listo. Podía darte otro toque ahí, ¿sabes? —me señaló el corazón—. Pero quiero ver cómo te mueres poco a poco, desangrándote. ¿Creías que el dinero iba a ser tuyo? —se echó a reír a carcajadas—. ¡Pobre infeliz!

La risa murió en seguida en sus labios, en cuanto aquella sombra se proyectó sobre él. Giró velozmente para encontrarse con el cañón de una pistola.

—¡No! —aulló.

Grito y disparo sonaron a un tiempo. La cabeza le voló materialmente, llenando el espacio circundante de sangre, huesecillos astillados y masa encefálica.

Le vi caer sin ningún pesar, más aún, por un momento el dolor que me atenazaba desapareció. Luego me encaré a mi oportuna salvadora.

—Lorna...

—Matt —se arrodilló ella junto a mí—. Vine corriendo para saber qué había sucedido. ¡Matt, déjame ver!

—Olvidalo ahora —hablé creyéndome morir. Pero ya no me importaba. Elmer se había ido por delante—. Ayúdame a levantarme y caminar, coge el maletín y vámonos cuanto antes.

—¿Avisamos a la policía?

—Al cuerno la policía. Somos ricos, nena —reí sin ganas, notando que un sudor frío me invadía—. ¿Conoces a algún médico que actúe fuera de la ley?

—A montones. Por los abortos.

—¡Pues vamos!

EPILOGO

Primero pasó el yate del Sha. Luego, unos días después, el de Anastasio Somoza. Todos los dictadores, millonarios y golfos aprovechan las aguas del mar Caribe para sus cruceros de placer, gozando de sus paradisíacas islas para vivir, de esta envidiable paz y de este magnífico sol.

Por supuesto, a mí también me venía muy bien para restablecerme totalmente de la herida.

Lorna y yo acostumbrábamos a sentarnos en una terraza desde la que se podía contemplar una vista del hermoso mar, azulado y tranquilo. Ella estaba muy atractiva con su minúsculo bikini amarillo y su piel maravillosamente bronceada.

—¿Un refresco de pina, los señores? —nos preguntó el atento camarero de siempre.

—Sí, gracias, Bobby —le dije, al tiempo que saludábamos al director del Pop Bank que pasaba ante nosotros acompañado de su oronda esposa, dedicándonos una reverencia.

Y es que algunos sabemos vivir, qué coño.

F I N

¹ Se refiere a Francisco Urcuyo que pensaba gobernar hasta mayo del 81 y sólo duró unos días.